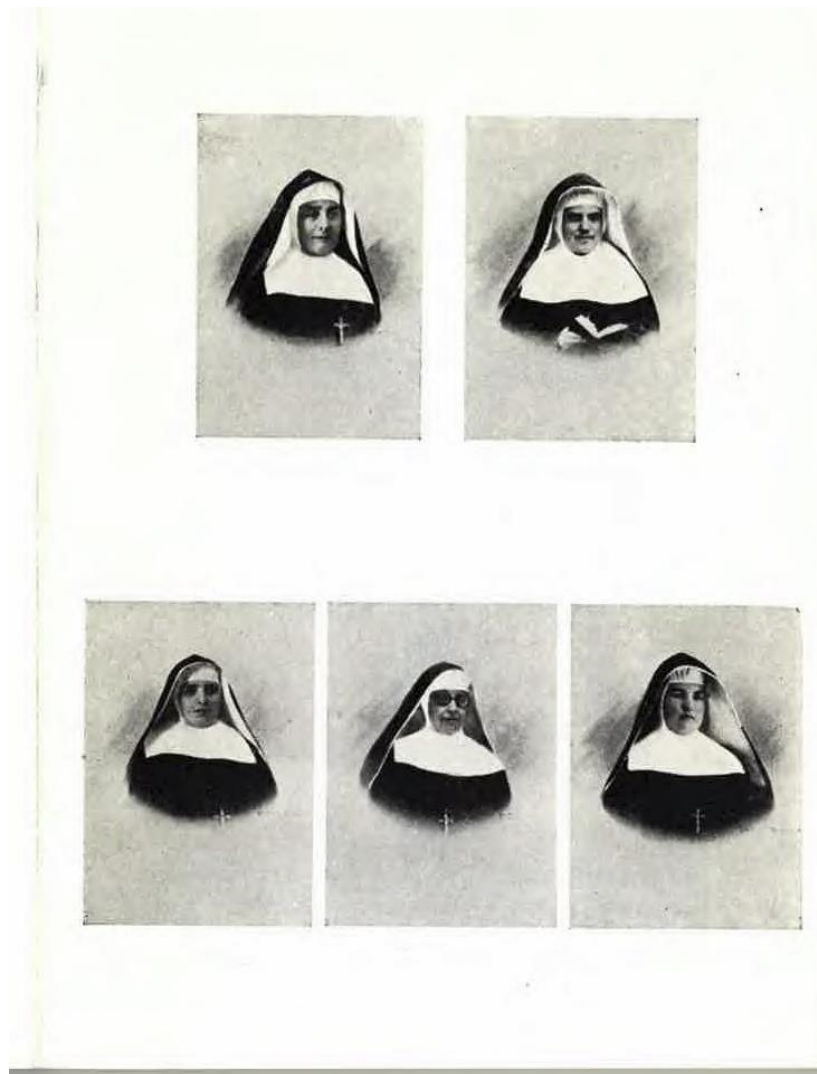


Libro sobre las Beatas Mártires

SEGUIR AL SEÑOR ES GRANDE GLORIA

Autora: M. María Mallo Mallo



**M. Rita Dolores Pujalte / M. Francisca Aldea
H. Trinidad Cuesta / H. Elena Cuesta / H. Prudencia Montes**

INTRODUCCION

Entre los miles de hijos fieles de la Iglesia Católica que dieron testimonio de su fe y de su amor a nuestro Señor Jesucristo y a sus divinas enseñanzas en los años 1936 al 39, dentro de las fronteras de la España evangelizadora de pueblos y naciones en otros momentos de la Historia, tenemos a cinco religiosas “Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús”, que dieron su vida por la causa de Dios, con sabores de martirio, aunque para tres de ellas las horas postreras de su vida sigan ocultas en un silencioso anonimato.

Se llamaron Rita Dolores Pujalte, venerable anciana de ochenta y tres años, y Francisca Aldea, de cincuenta y cuatro. Las tres restantes, detenidas y desaparecidas para siempre, fueron Trinidad y Elena Cuesta, hermanas en la sangre, de cuarenta y dos y treinta y nueve años, y Prudencia Montes, de treinta y siete.

Su Instituto, joven en los años, lo había fundado en Madrid, en 1877, la Sierva de Dios Madre Isabel del Corazón de Jesús Larrañaga y Ramírez. Mujer con alma de apóstol, muy celosa de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

A su obra le dio como fin social preferente, la educación y enseñanza de los hijos del pueblo humilde y desheredado, los ejercicios espirituales y el fomento del culto divino en cualquier parte del mundo donde se espere mayor servicio de Dios y ayuda de las almas, trabajando siempre por la salvación de las mismas a. mayor gloria de Dios.

En los años a que nos referimos, este benéfico Instituto tenía en España catorce colegios, dedicados todos ellos a las clases más modestas de la sociedad.

Por entonces la situación política de España era inquietante y turbulenta. Las ideas comunistas y ateas se habían adueñado del poder y de las capas sociales menos cultivadas y de menor solvencia económica. Salvarla por los cauces legales ya no cabía; y el remedio se buscó en un levantamiento nacional, que pusiera fin a la situación de tiranía que imperaba en ella. El hecho se inició el 18 de julio de 1936. La resistencia que encontró fue dura y tenaz, y España hubo de debatirse, por tres años, en una guerra civil fratricida y muy enconada.

Consecuencia inmediata fue el desenfreno de las iras y bajas pasiones de los militantes desafectos a la Iglesia Católica y a sus Instituciones de cualquier nivel o faceta, muy maltratadas ya por las leyes y disposiciones de la República constituida en 1931, inmersa desde la primera hora en una atmósfera de marxismo tensa y muy acentuada.

Nada se respetó en personas ni en cosas. Es posible que el martirologio cristiano de épocas pasadas no haya visto enriquecidas sus páginas con tantos nombres de testigos de la fe, en tan breve lapso de tiempo, como los que le aportó la historia de la Católica España en solo tres años del siglo XX.

Los hubo de toda condición y clase social: señores obispos, sacerdotes, religiosos y simples fieles. Hombres y mujeres de toda edad que nada tenían que ver con el conflicto bélico de aquellas horas. Su delito era la total consagración a Dios de sus vidas

y de su quehacer, y sus comportamientos cristianos en la respectiva profesión de cada uno.

A la Santa Iglesia, Esposa de Cristo y Madre nuestra, corresponde la última palabra acerca de estas hijas suyas, y de ella la espera el "Instituto de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, con filial sumisión y acatamiento.

En el Corazón divino de Jesús, que se dignó enriquecer con estas almas grandes las páginas de su pequeña historia, pone humildemente su confianza.

MADRE RITA DOLORES DEL CORAZÓN DE JESÚS PUJALTE SÁNCHEZ

SUS FECHAS CRONOLÓGICAS

- 1853: Nace en la Villa de Aspe, Alicante, el 18 de febrero. Recibió las aguas bautismales al siguiente día de su nacimiento.
- 1888: Ingresa en el Instituto de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, en Madrid.
- 1890: Hizo su profesión religiosa el 21 de junio.
- 1891: El 18 de marzo es nombrada Superiora del Colegio de Santa Susana de Madrid.
- 1892: En el mes de julio pasó con el mismo cargo al Colegio de San José de Fuensalida.
- 1894: Vuelve al de Santa Susana como Superiora por segunda vez.
- 1896: Sin dejar el cargo anterior, asume el 7 de septiembre el de Maestra de Novicias.
- 1899: El 14 de noviembre recibe el nombramiento de Superiora General y, reelegida y postulada, permanece en el cargo hasta 1928.
- 1905: Hace su profesión Perpetua.
- 1928: El Capítulo General la nombró primera Consiliaria.
- 1935: En febrero, el Capítulo General la dejó cesante en todo cargo.
- 1936: Muere como presunta mártir de la Iglesia y de Cristo el 20 de julio.

1. ELEGIDA POR EL SEÑOR

El hogar donde vio la luz primera

Nació Rita Dolores en la Villa de Aspe (Alicante), el 18 de febrero de 1853, de padres muy cristianos y virtuosos: don Antonio Pujalte y doña Luisa Sánchez, que supieron educar a sus hijos en la piedad y en el amor a Dios y al prójimo, de cuyos tesoros estaban ellos ricamente dotados.

Recibió las aguas del bautismo al siguiente día de su nacimiento en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Socorro de Aspe, con los nombres de Rita Josefa.

Al recibir el sacramento de la Confirmación le impusieron, por voluntad de sus padres, el de Dolores en agradecimiento a la Santísima Virgen María, a quien atribuían la curación de una maligna enfermedad que le había afectado de muy pequeña. Por este nombre fue conocida siempre y solo en ocasiones muy especiales le anteponía el de Rita.

Cuatro hijos alegraron el hogar del cristiano matrimonio Pujalte-Sánchez: Dolores, Luisa, Antonio y Luis, y en el ambiente de religiosidad y honradez que supieron dar a su casa tan ejemplares esposos, crecieron los niños y se formaron en sus costumbres para todo lo bueno.

Las dos hijas abrazaron la vida religiosa, y tan felices se sintieron sus padres ante tal determinación, que, al ingreso de la segunda, le escribieron a Madrid una cariñosa carta, en términos tan cristianos y espirituales, que la hija la guardó siempre como el más preciado recuerdo de sus queridos progenitores.

Decía así el párrafo que entresacamos: "Te repetimos que estamos muy conformes en que sirvas al Señor en el retiro del claustro, muchísimo más que si hubiera sido necesario nuestro consentimiento para tu matrimonio. Y ahora, en recompensa de nuestro consentimiento y bendición que te mandamos, sólo te exigimos que en tus oraciones te acuerdes de tus padres y abuelos, para que, si no nos volvemos a ver en este valle de lágrimas, que tengamos la dicha de vernos algún día en la gloria".

Y a su hija mayor, Dolores, ya novicia, le ponían estas líneas en la misma carta: "Te suponemos muy contenta y feliz por tener a tu hermana a tu lado; nosotros también lo estamos; preferimos el estado religioso al de casada. Ya que Dios le ha tocado el corazón, conformémonos con los altos designios de la Providencia".

Así de profunda era la fe de aquellos padres cristianos y generosos, cuando ya no quedaban en el hogar otros hijos y la soledad asomaba como el porvenir de sus años mayores.

Infancia y juventud de Dolores

De sus años de niña solamente guardó su hermana Luisa -dos años menor que ella, y le sobrevivió nueve- el recuerdo de su carácter dulce y condescendiente, sus maneras delicadas, la amenidad de sus juegos y un candor nada común.

Sobrepasó la adolescencia con una vida piadosa, muy dada a la oración; lo que hizo de ella una joven modesta y recogida, aunque también fue alegre y complaciente para cualquier sana diversión.

Al iniciar su adolescencia ingresó en la Asociación de Hijas de María de su parroquia, y más tarde la dirigió con celo y solicitud como su Presidenta. Fue, asimismo, miembro de la Tercera Orden de San Francisco y perteneció a las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Desde los dieciocho años, con el pláceme de sus padres, reunía en su casa a un grupo de niños pobres, al que llamó "Rebañito del Niño Jesús, y les enseñaba el catecismo, las oraciones del cristiano y otros ejercicios de piedad que practicaba con ellos en el oratorio familiar de su misma casa. En todas estas actividades se sentía apoyada por un tío materno, sacerdote celoso y ejemplar.

Entre sus virtudes sobresalió en ella la humildad y la sencillez, de tal modo, que parecían la cosa más natural en todos sus comportamientos. Mas, de manera especial celó en sí la guarda de la pureza. Tan delicada era en esta materia que, a veces, llegó a rayar en timidez.

Sus lecturas y sus meditaciones recaían frecuentemente sobre la Pasión del Señor, de la que fue profundamente devota toda la vida.

Con su hermana Luisa hacía un día la oración en la Capilla del Santísimo Sacramento de la iglesia de Aspe, cosa muy frecuente para ambas hermanas. A Luisa se le iba haciendo el tiempo demasiado largo; pero la mayor, serena y como sumida en sí misma, no se movía para salir.

Con trabajo y aguante, Luisa se mantuvo paciente, porque a casa debían llegar las dos juntas. Por fin, Dolores dio por terminada su meditación e iniciaron el camino de regreso en absoluto silencio. Luisa intentó romperlo con algunas palabras, pero Dolores seguía callando. Le preguntó, pues, directamente: "¿Qué tienes? ¿Por qué no hablas?". A las insistentes preguntas le respondió confidencialmente: "No sé qué me ha pasado hoy; pensaba en la Pasión del Señor y de pronto vi en mis manos su corona de espinas. Mientras la contemplaba, todo desapareció".

Las dos hermanas siguieron en silencio, y las dos guardaron siempre el secreto de aquel día. Lo cuento ahora que mi hermana ya no vive", dijo Madre Luisa entre emocionada y pensativa; y añadió: "Mi hermana se hizo más mortificada y más amiga de la oración desde aquel día".

Dolores sentía predilección por la vida religiosa desde su temprana juventud, y dicha inclinación, en creciente, fue llegando en ella a una vocación decisiva y clara. Pensó en las Instituciones que conocía y no se determinó por ninguna. Estudió más a fondo la de las Hermanitas de los Pobres y tampoco se determinó por ella. Al efecto, decía Madre Luisa, Dolores pedía permiso a mis padres algunas veces para irse a Novelda en plan de ayudar en el Asilo de los Ancianos algunos días, porque siempre tenían allí las Hermanitas mucho que coser; pero su intención era también el ver si su vocación encajaba en el género de vida que ellas tenían. Mas nunca se determinó a pedir el ingreso allí.

La situación de la familia, económicamente holgada, facilitaba a las dos hermanas la intensa vida de piedad en que se movían dentro de aquel hogar de paz y de cálida convivencia creada por el matrimonio, Antonio y Luisa. Inesperadamente un lastimoso quebranto puso a prueba la virtud de unos y otros.

Don Antonio fue víctima de un robo extraño y cuantioso a la hora de responder a un negocio con la suma sustraída. Fundadamente sus sospechas tenían adónde dirigirse, y en su conciencia se agitaban clamorosamente en obtención de la verdad.

Lo pensó mucho ante el Señor, y optó por responder a cuenta de su patrimonio antes que poner en tela de juicio la fama y el honor de un prójimo suyo, a quien fundadamente creía autor de su desgracia. Cristianamente desistió, y en su corazón lo perdonó y dio al olvido la injusta sustracción de lo suyo a la hora de necesitarlo.

En tan ingrata ocasión Dolores fue para su padre el más firme y consolador sostén, y quien más levantó su ánimo, afianzó en el Señor su esperanza y lo alentó a confiar en la Providencia de Dios que hace salir el sol para justos y pecadores y caer la lluvia sobre los campos de todos.

Con sus palabras, decía Madre Luisa, mi padre se sintió confortado y animado a seguir adelante con la paz en el alma, que era el mayor bien para un corazón tan cristiano como el suyo.

Todos en casa admiramos en Dolores su grandeza de alma y la solidez de sus virtudes en tan singular ocasión. Y lo mismo la resignación y el silencio de mi padre al no proceder contra el prójimo a quien creía, con mucha seguridad, autor del malhadado acontecimiento.

En 1882 pasó Dolores un tiempo en Oviedo con su hermano Antonio y su esposa doña Manolita, residentes en dicha ciudad.

Como una especial bendición de Dios, tuvo ella el encuentro allí con el Rvdo. Sr. Provisor de aquel Obispado, don Victoriano Guisasola, a quien tomó por director espiritual con gran provecho para su alma. Agradecida y sincera como era Madre Dolores, le guardó siempre muy devota consideración y respeto¹.

Por aquellos años eran frecuentes las estancias de Dolores con su hermano y cuñada. Y tanta estima le mereció a doña Manolita la virtud de su hermana política, que al hablar de ella –decía Asunción, una de sus hijas menores, siendo ya religiosa- siempre la nombraba mi madre con el apelativo de "mi santa hermana Dolores". Y añadía Asunción: "Solo mis hermanos mayores la recordaban algo siendo todavía seglar, pero aun sin conocerla, la considerábamos todos los sobrinos de un mérito singular por las referencias de mi madre, que hacía de ella los más encarecidos elogios.

A finales de 1887, don Antonio con su familia se encontraba residiendo en Madrid, y Dolores volvió a pasar con sus hermanos y sobrinos otra temporada.

Realiza su vocación

En el entorno familiar y de amistades era de sobra conocida la vocación de Dolores y sus aspiraciones a ingresar en la vida religiosa. Nadie se extrañó, pues, de que, al encontrarse en Madrid con un amigo de los Pujalte, de Aspe, él también residente en Madrid, abogado y senador en aquel tiempo -don Enrique Colsa-, le hablara de Madre Isabel Larrañaga, inmersa por entonces en dar vida a la Congregación de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús". El nombre de la Fundadora no le sonó a desconocido, porque unos años atrás, Madre Isabel con su mamá había estado unas tres semanas en casa de los señores Pujalte-Sánchez en Aspe. Personalmente no se conocieron entonces con las dos hijas de esta familia –Dolores y Luisa-, por coincidir con una ausencia de las mismas en casa de otros familiares suyos fuera de Aspe.

¹ Monseñor Guisasola falleció en 1920, siendo Cardenal-Arzbispo de Toledo.

Ocasionó aquella visita la llegada de Lima del Dr. Sánchez Almodóvar, hermano de doña Luisa Sánchez, con su esposa doña Carolina Rodríguez. Con este matrimonio había mantenido muy estrecha amistad la mamá de Madre Isabel y ella misma en el Perú. Al conocer su llegada a España por la prensa de Alicante, en cuya ciudad estaban pasando unos días, se acercaron a Aspe para darles los parabienes y plácemes por su venida.

La familia Pujalte-Sánchez quedó tan complacida y edificada de la señorita Isabel Larrañaga que por mucho tiempo hablaron de ella con admiración y grato recuerdo.

Fue, pues, Dolores al colegio de la calle de Rey Francisco, 17, siguiendo el consejo del señor Colsa, y se encontró con la grata sorpresa de que la Fundadora de aquella Institución era la misma Isabel tan admirada y tan elogiada en su familia.

Saboreó para sí aquella asociación de ideas y guardó silencio. Pero sin dudar más optó por ingresar en su Congregación tan pronto como tuviera las cosas a punto. A primeros de 1888 así lo hizo.

Madre Luisa Pujalte, su hermana, decía que, al ver Madre Isabel que la solicitante era de Aspe, le había preguntado si conocía a la familia del Dr. Sánchez Almodóvar, y, al decirle que sí, le había hecho de ella muchos elogios. Dolores los oyó complacida, pero no dijo nada de su inmediato parentesco con ella. Naturalmente, Madre Isabel hubo de saberlo luego, y al reconvenir a la interesada por su silencio, Dolores, quitándole importancia, animó su rostro con una sonrisa y no dijo nada en su defensa.

Así de humilde y desinteresada era mi hermana, añadía Madre Luisa refiriendo estos hechos.

En la vida religiosa

Bajo la inmediata dirección de la Sierva de Dios, Madre Isabel, hizo su noviciado con gran provecho espiritual y mucho acrecentamiento en todas las virtudes.

A primeros de 1890 se encontraba en el colegio de Santa Susana, también en Madrid, terminando su formación de novicia, con otras de sus compañeras. Madre Isabel por entonces pasaba en este Centro de reciente fundación gran parte de su tiempo. Prácticamente, asumía en él las funciones de Superiora.

Para determinadas atenciones de la Comunidad, compuesta de ocho profesas y nueve novicias de segundo año, había sido designado un director espiritual muy acreditado por su oratoria cálida y persuasiva, y de una actividad muy relevante. Resultó, no obstante, que dicho señor estaba empeñado en sacar adelante una institución docente iniciada por él, y hacia ella trató de inclinar la voluntad de sus dirigidas en la nueva Comunidad que ahora dirigía.

En cuanto nuestra novicia se dio cuenta de la intención tergiversada del director, no vaciló un momento: reafirmó lealmente su vocación en el Instituto que había abrazado, y sostuvo la de otras compañeras suyas hasta tanto brilló la luz, y la serenidad y la calma quietaron aquellos aires.

No faltaron plantas tronchadas, pero las de buena raíz se asentaron con mayor firmeza.

Pasado el extraño incidente, la Hermana Dolores se dispuso a emitir los votos de su profesión religiosa, junto con su hermana Luisa y tres novicias más, el día 21 de junio del mismo año 1890.

La solemne ceremonia tuvo lugar en el colegio de la calle de Rey Francisco de la misma capital, Madrid. Fue un día de gozo y de santo regocijo para toda la familia Pujalte; pues en la misma Santa Misa hizo su primera Comunión la hija mayor de Antonio y de Manolita: Luisa Pujalte Díaz.

La piedad sólida y culta, junto con el carácter afable y bondadoso que poseía, hicieron a la Hermana Dolores altamente estimada de sus Hermanas de Congregación, que la miraban con afectuoso respeto y emulación en todos sus comportamientos.

Quizá contribuyera en algo su relativa madurez en medio de los años más jóvenes de sus compañeras, pues también la edad va dando sus valores al conjunto de la persona; máxime siendo en todo juventud el Instituto mismo y las hijas que lo formaban en aquellos momentos. No obstante, todas convenían en que sus méritos la hacían acreedora a la estima general de que gozaba.

Madre Isabel, confiando en tan excelentes cualidades, la nombró Superiora del Colegio de Santa Susana el 18 de marzo del siguiente año, 1891. En julio de 1892 pasó con el mismo cargo al de San José de Fuensalida (Toledo).

Al salir para Cuba la primera expedición de "Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús", en noviembre de 1894, y ser una de ellas la Madre María Hurtado, colaboradora inmediata de la Madre Fundadora, la Madre Dolores Pujalte volvió para Madrid y sustituyó a Madre María Hurtado en algunas de sus ocupaciones. De nuevo se hizo cargo del Colegio de Santa Susana, como Superiora, y estuvo al lado de las novicias en las ausencias y asuntos que impidieran a Madre Isabel las atenciones que la formación de las mismas llevara consigo.

En 1896, próxima a salir para Cuba la Sierva de Dios, la nombró Maestra de novicias y le confió su formación el 8 de septiembre de dicho año, segura de que el éxito, en tan importante quehacer, colmaría sus esperanzas, como así fue;

De entre los muchos y gratos recuerdos que guardaron de aquellos años sobre la que gustaban llamar su "santa Maestra" las que fueron sus novicias, tomamos este juicio de Madre Emilia G. Ramírez, escrito por ella misma. "Madre Dolores -decía- fue realmente una excelente Maestra de novicias, y si no salimos santas, nuestra fue la culpa. Yo doy gracias a Dios porque me tocó pasar el noviciado con ella. Era muy espiritual y nos hacía muy piadosas y observantes. Recuerdo aún cómo nos imponía en la práctica del examen particular, nos enseñaba a vivir la presencia de Dios, el silencio regular, cuyos valores nos razonaba detalladamente. Comprendo que tenía virtud a fondo. A mi manera de ver, juzgo que se excedía un tanto en el uso de las penitencias corporales. Alguna vez, me consta, que Madre Isabel le fue a la mano, lo mismo por lo que a ella se refería como por las Hermanas, sus súbditas".

Otras varias Hermanas de aquellos años decían también de Madre Dolores que era muy penitente y mortificada.

La Hermana María Antelo, religiosa de mucha piedad y muy ponderada, decía de Madre Dolores, refiriéndose a un tiempo anterior a 1906: "Gustaba mucho de la música, y un día se detuvo ante la ventana de su cuarto para oír una melodía que llegaba hasta ella en las primeras horas de la noche. En esta distracción llegó también una palabra incorrecta a sus oídos, y sin aguardar un momento más se retiró y se castigó aquella su curiosidad con una fuerte disciplina".

Dos Hermanas sacristanas sucesivamente en el Colegio de Santa Susana, referían que, siendo Madre Dolores mayor de setenta años y con muy poca salud, varias

veces habían tenido que limpiar las huellas de sangre de sus rodillas en el reclinatorio de su uso, sobre el que un tiempo nada breve había estado orando.

En las comidas tenía la costumbre de servirse algo menos del manjar que más le gustara para mantenerse a raya en la templanza, y en alguna ocasión oportuna recomendaba a las Hermanas esta práctica como provechosa a su espíritu.

2. AL FRENTE DEL INSTITUTO

El 17 de enero de 1899 falleció en La Habana (Cuba) la Sierva de Dios Madre Isabel del Corazón de Jesús Larrañaga, Fundadora y Superiora General de la Congregación.

El luctuoso acontecimiento exigía un Capítulo de elecciones para nombrar sucesora de la venerada Madre en el cargo de gobierno que dejaba vacante.

Una de las que debían asistir por derecho al Capítulo citado era la Madre María Hurtado, hija fidelísima del Instituto desde la hora primera. Sin ella no querían proceder a nada definitivo.

Al lado de la Madre Fundadora, y como su mano derecha, había trabajado y vivido ella los gozos y dolores del nacimiento de la Congregación en plena participación con la Fundadora hasta su partida a la eternidad.

Ahora la situación política de Cuba, en estreno de su emancipación de España, con las heridas de la guerra sin restañar, y en manos de un gobierno de ocupación, su presencia allí se hacía indispensable por imperativo de las circunstancias. Luego, un quebranto de salud y problemas surgidos en torno a la casa de Pinar del Río, hicieron que se fuera demorando su venida a España. Sobre el 5 de junio de 1900 llegaba a Madrid.

En vista, pues, de tales dificultades, el 14 de noviembre de 1899 el Excmo. Prelado de Madrid, Doctor don José María Salvador y Barrera, proveyó al cargo nombrando por decreto a Madre Dolores Pujalte Superiora General interina hasta tanto que pudiera celebrarse el Capítulo de elecciones correspondiente.

Entre las confidencias que el virtuoso sacerdote P. Manuel Menéndez había recogido de los labios de Madre Isabel en los últimos días de su vida -pues que la solícita Madre nada había dejado en el olvido- fue una su preocupación, no ya por cada una de las Hermanas y de las casas, sino por la Congregación en sí misma.

En cuanto a las Comunidades de Cuba, bien conocía ella que ninguna como Madre María Hurtado podía hacer frente a la situación incierta y difícil de aquella hora, por lo que creía un bien para todo que Madre Dolores Pujalte asumiera la responsabilidad del Gobierno General del Instituto al faltar ella.

El Reverendo Sr. Menéndez no dejó en el silencio aquella confidencia, y a su tiempo la hizo llegar a las Madres Capitulares. ¿La tuvieron ellas en cuenta? Es fácil que la valoraran cuanto en sí cabía. Lo cierto es que el Capítulo de 1900 la eligió para el cargo de Superiora General, y ella lo asumió con plena responsabilidad y total entrega.

Madre María Hurtado, terminado el importante quehacer, regresó para La Habana y siguió atenta a la labor de la Congregación en aquellas casas, con la asiduidad, constancia y amor al Instituto característicos en ella.

Madre Dolores, correspondiendo a la confianza de Madre Isabel y de todas las hijas de la Congregación, la sirvió con heroica fidelidad hasta la última hora de su vida.

Pronto tomó sobre sí el quehacer que había constituido uno de los más caros anhelos de la Madre Fundadora; la aprobación pontificia para su querido Instituto; y tuvo el gozo de alcanzar esta gracia de su Santidad Pío X y de Benedicto XV, respectivamente.

Tampoco le faltaron días de dolor y de preocupación, porque los enemigos de la Santa Iglesia no suelen descansar en sus maquinaciones contra ella; y nuestro siglo xx inició sus días con leyes que dejaban malparada la libertad de enseñanza. Por aquellos años las pugnas del laicismo contra la docencia cristiana recargaron los ambientes demasiadas veces².

Madre Dolores, atenta al bien de la Congregación en su apostolado, hizo que un grupo de Hermanas adquirieran la titulación conveniente para que aquél no sufriera recortes en desfavor del pueblo sencillo, beneficiario de su labor.

Por razones de salud y acompañada de su hermana, Madre Luisa, la sorprendieron en Barcelona los días nefastos de la "Semana Trágica" en julio de 1909. Providencialmente, regresó a Madrid sin novedad, fuera de la pena y disgusto que los ataques a la Santa Iglesia producen en el corazón de sus hijos.

Y porque son así las cosas de Dios, en esos mismos días el Papa Pío X aprobaba las Constituciones del Instituto y le expedía el Decreto de Alabanza (30 de julio y 16 de agosto de 1909).

Una de las consecuencias subsiguientes e inmediatas a esta aprobación había de ser la celebración de un Capítulo General, según la nueva categoría del Instituto. Lo convocó, pues, para el siguiente mes de febrero, 1910. El 14 de dicho mes las Capitulares la eligieron por votación casi unánime Superiora General para un período de seis años. Por reelección y postulación de Capítulos sucesivos, Madre Dolores hubo de permanecer en el cargo hasta el año 1928.

El 1 de noviembre de 1910, festividad de Todos los Santos, tuvo el consuelo de ver reunidas a 32 Hermanas para la emisión de sus votos perpetuos. El gozoso acto se celebró en el Colegio de Santa Susana, recién constituido Casa Generalicia de la Congregación.

Al año siguiente, el 11 de abril de 1911, asistía en Cuba a la profesión, perpetua también, de otras nueve Hermanas residentes allí, que los emitieron en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de La Habana. Hasta su muerte, vivió la satisfacción de ver la perseverancia de todas en una vida de regularidad y fervor como a religiosas convenía.

Muy agradecida a las mercedes del Señor, por cada uno de estos beneficios, invitaba a sus religiosas a darle gracias con la celebración del Sacrificio Eucarístico y el canto del "Tedeum" en cada una de sus Comunidades.

En 1896 dejamos a Madre Dolores entregada a la formación de las nuevas generaciones que iban llegando al Instituto. Asumió este cargo hasta 1906, y más o menos de cerca siguió velando sobre las novicias hasta 1910, mientras Madre Hermelinda Simón, una de sus formandas, le iba sucediendo en tan importante quehacer.

² La llamada "Ley de Romanones", fruto maléfico de la Institución Libre de Enseñanza, fundada por Giner de los Ríos en 1876, dio harto que hacer en aquellos momentos para dejar a salvo la libertad de enseñanza.

3. EN SU ESPIRITUALIDAD

Amó con especial predilección al Santísimo Sacramento y tenía para con Él las más delicadas finezas.

La iglesita del Colegio de Santa Susana estaba de tal modo dispuesta que sólo era utilizable para el público que asistiera a sus cultos, y la Comunidad y el internado tenían para sí un coro grande, bajo, cerrado por una gran reja que daba frente al presbiterio por el lado derecho. A una altura conveniente del enrejado tenía el comulgatorio provisto de un repecho de unos 20 cm. de ancho.

Cada mañana, Madre Dolores lo sembraba con las florecillas blancas de un jazmín que se cultivaba mimosamente con este fin. Siempre fue un quehacer suyo el recogerlas cada mañana para llevarlas al comulgatorio frescas y con todo su perfume.

Cuando ya anciana o enferma no podía bajar al jardincillo, cualquier Hermana se las cogía, y era de ver con qué satisfacción las recibía y daba las gracias mientras se dirigía al comulgatorio para ir las colocando antes de que empezara la Santa Misa, de modo que el Señor se las encontrara adornando y perfumando su camino antes de pasar por el comulgatorio.

Muy fácilmente hacía recaer sus conversaciones, lo mismo con Hermanas que con alumnas y aun con otras personas, sobre el amor que debíamos a este divino Sacramento y los grandes frutos que la comunión diaria y frecuente reporta a nuestro bien espiritual.

Ella misma fue un ejemplo vivo del amor que le debemos, por el que manifestaba cuando se acercaba a la Sagrada Mesa. Muy molesta en sus años mayores por distintos achaques, nunca perdía la Comunión, aunque hubiese de llegar al comulgatorio ayudada por alguna Hermana o apoyándose de alguna manera.

Siempre se interesó por la buena preparación de las alumnas que habían de hacer su Primera Comunión; gustaba examinarlas por sí misma para este acto y darles alguna mejor explicación y enfervorizarlas santamente. A no ser que sus obligaciones o su salud no le dieran tiempo, nunca omitía este quehacer.

Al terminar sus visitas al Señor Sacramentado se acercaba algunas veces al Sagrario, y muy suavemente golpeaba la puerta con la punta de los dedos. Interrogada sobre el porqué de este familiar gesto, decía que el Señor gustaba ser llamado como un amigo y responder a nuestras propuestas. Además, añadía, de Él nos viene que viene la luz y la fuerza para nuestro apostolado educacional, y a Él tenemos que llevar los gozos y penas de nuestras alumnas. Con esta sentida devoción a la Eucaristía vivía y respiraba ella la que es, sobre todo, vida y ser de nuestro Instituto: la del Sagrado Corazón de Jesús. La vivía en sí misma y la inculcaba a todas con machacona insistencia.

Tengan en Él, repetía, toda la confianza. En el Sagrado Corazón de Jesús encontrarán siempre el alivio que necesiten y el remedio a todo.

Con ocasión de la muerte de un ser querido, que ella sintió mucho, decía: “¡Hay que meterse tanto en el Corazón de Jesús, que ya no podemos salir de él!”.

Hablando de la Oración del Huerto y de la flagelación del Señor se le saltaban las lágrimas y alguna vez lloraba incontinentemente.

Infundía recogimiento en la meditación de sus frecuentes Horas Santas, que, sobre todo en sus años mayores, era una de sus devociones favoritas. “¡Hay que acompañar al Señor en los pasos de su Pasión y en la soledad de tantos Sagrarios!...”

Y mirando al Santo Tabernáculo se pasaba horas y horas. Parecía perder la noción del tiempo.

El ejercicio del Viacrucis no lo omitía nunca. Aun sintiéndose ya con la vista muy defectuosa y cuando apenas percibía el lugar de las estaciones, seguía recorriéndolas lentamente hasta terminar.

Otra de sus profundas devociones era el Santo Rosario, cuyas cuentas iba deslizando poco a poco muchas veces al día mientras presentaba al Señor y a nuestra Madre, la Santísima Virgen María, las necesidades de toda la Iglesia y del mundo entero.

Muy agradecida a cualquier pequeño favor, lo era mucho más cuando alguna Hermana se ofrecía a leerle un punto de meditación o a indicarle que era hora de salir para hacer otra cosa o por alguna otra razón.

A través de la atención y recogimiento con que asistía a los actos del culto, especialmente a la Santa Misa y a la oración de la Comunidad, se entreveía su fe profunda, intensamente vivida

Estando sola en la Capilla fue sorprendida varias veces recorriéndola de rodillas y con éstas desnudas sobre el suelo; y así la andaba desde un extremo hasta el otro; al llegar al final besaba el suelo y del mismo modo regresaba hasta su sitio.

Era muy natural en ella traer a sus conversaciones los dolores del Señor en su Pasión y la misericordia de Dios con los pecadores.

Un consejo muy suyo era el siguiente: “Cuando vean en el suelo alguna cosa caída o que indebidamente está allí, recójnala pensando en el dolor y trabajo que sentiría nuestro Señor después de la flagelación cuando hubo de recoger sus vestidos para cubrir con ellos su santísimo cuerpo llagado y destrozado por los azotes sufridos por nuestra salvación.

Este espíritu de oración y de ambiente sobrenatural era su respirar ordinario. No es de extrañar, pues, que se la oyera hablar de martirio varias veces con admirable estima y aprecio como de una gracia especial de nuestro Señor a sus escogidos.

Después de las devociones referidas, dio su primacía al amor a la Santísima Virgen en su advocación de los Siete Dolores, que suavemente extendió a la Congregación y con filial amor la vivían muchas de sus hijas.

Para el Septenario de su fiesta era ella quien preparaba su bendita imagen, pequeñita y de vestir, como suelen ser las de esta piadosa advocación.

Cuando visitaba las aulas escolares solía dejar unos momentos para hablar a las educandas de la Santísima Virgen y hacerles reflexionar sobre el modo cómo haría ella los trabajos y labores que le eran propios, y recomendarles que la imitaran en sus comportamientos. Luego las obsequiaba con una estampa de la Excelsa Señora, mientras les iba recordando lo bueno que era para el cristiano copiar en sí las virtudes de que Ella nos daba ejemplo.

En otras oportunidades o encuentros con las alumnas, sobre todo las de los internados, solía preguntarles amablemente: “¿Has pensado cómo haría esto la Santísima Virgen?”. O también: “¿Estará la Santísima Virgen contenta con este trabajo tuyo?”.

Dentro de la iglesia lo quería todo perfecto y esmeradísima en la armonía con que gustaba que se rezaran las oraciones en común.

Visitaba en una ocasión el Colegio de Arroyo de la Luz (Cáceres), de muy estrecha economía, y le pareció que las ropas del culto, en situación de medio uso para abajo, así

en general, deberían ser mejores; y le dijo amablemente a la Superiora: “La desconozco, Madre Ramírez, porque siempre vi en usted mucha elegancia para el Señor y aquí no. ¿Cómo es eso?”.

En el mismo tono le dio la razón la interrogada: “Mire, Madre, es que aquí, el Señor y nosotras vivimos aún en Nazaret, y allí todo era corrientito y nada más”.

“Pero las irá mejorando, ¿verdad? Con el primor de sus manos espero que sí”.

Como en las florecillas de San Francisco tenía rasgos de santa delicadeza con el Señor. Así, en el recreo de la noche de Reyes, solía llegar a él trayendo el Niño Jesús del nacimiento para que todas le dieran un beso antes de guardarlo hasta otra Navidad, y la infantil imagen hacía el recreo con la Comunidad en aquel día de su gloriosa Epifanía.

En los muchos apuros y necesidades que hubo de experimentar en el gobierno del Instituto o en cualquier otro caso, encomendaba su solución a las oraciones de las niñas, y a ellas atribuía luego su buen resultado, y de nuevo volvía a recurrir a ellas para que le ayudaran a dar las gracias a nuestro Señor.

Otro momento en el que las Hermanas se sentían edificadas era el de la lectura espiritual que oía con mucho recogimiento y devoción, y cuando, impedida de ir con la Comunidad su vista no le permitía hacerla por sí misma, agradecía mucho el favor a quien le prestara aquel servicio.

En este espíritu de oración y de sus consejos sobre la observancia y amor al trabajo y a las ocupaciones normales en una casa religiosa, dejó impregnadas todas las Comunidades del Instituto, que tantas veces visitó en cumplimiento de su cargo, sobre todo en España. Y en torno suyo derramó también el perfume de sus virtudes en los muchos viajes y salidas como requerían sus obligaciones.

El 30 de noviembre de 1910 salía para Cuba en Visita Regular a sus religiosas, acompañada de algunas Hermanas destinadas a aquellas tres comunidades: la del Colegio de Nuestra Señora de Loreto en Pinar del Río, la del Sagrado Corazón de Jesús en La Habana y la de San Francisco Javier del Recreo. Madre Remedios Latrilla, Secretaria General, la acompañó en este viaje.

Para muchos viajeros del transatlántico "Montserrat", fue objeto de admiración la dignidad de su porte y su religiosidad. Decían a las Hermanas: “¡Qué Superiora más respetable tienen ustedes; parece una santa!”. Sobre todo, un Hermano de San Juan de Dios, viajero también, les repitió expresiones como ésta en distintos momentos: “Esa religiosa de ustedes, de continente tan digno y amable a la vez, parece una santa”. Y en viaje por Extremadura preguntó en otra ocasión un empleado de transportes a dos de nuestras Hermanas que hacían una factura de equipajes: “¿Son ustedes del Colegio de Santa Susana de Madrid?”. A su respuesta afirmativa añadió: "Yo conozco allí a la Madre Dolores". Le dedicó muchos elogios y terminó con esta expresión: “Es una santa esa mujer, es una santa”.

En realidad, esas apreciaciones de unos y otros eran muy acertadas. La naturaleza había dotado su persona de rasgos singulares de elegante nobleza, estatura regularmente alta y muy bien conformada; rostro muy agradable, afable y cortés; unido a la prestancia, que da la virtud y una fina educación, hacían de ella una persona atrayente y de respetuosa simpatía. De su trato directo decían muchas Hermanas: “¡Qué don de gentes tiene la Madre Dolores!”.

Entre sus devociones especiales ocupó un lugar muy preferente San José, y después el Arcángel San Rafael. En sus viajes lo tomaba por guía y protector. En

ocasiones atribuyó a este glorioso Arcángel el haberla librado de peligros de un modo claro y manifiesto. Tal lo consideró cuando a punto de tomar el tren en Villagarcía de Arosa, se le acercó un joven y la disuadió de tomar aquél, urgiéndola para que tomara otro que pronto llegaría. Obedeció un tanto dudosa. A poca distancia de la estación descarriló aquel tren aparatosamente. Buscó al joven para agradecerle su consejo y nadie le dio razón de haberlo visto. En su concepto quedó la idea de haber sido San Rafael.

Recomendando su devoción solía referir este caso ella misma, y no era el único que le atribuía.

4. EN LA VIDA DIARIA

Una de las convivencias con ella. La recordó Hermana María Martínez.

“Siendo yo novicia en los años 1915 y 1916, gustábamos muchos que fuera alguna vez por el noviciado y entrara en nuestra sala para hablarnos o pasar con nosotras unos momentos. Tenía mucha gracia en sus conversaciones, pues a la vez que eran alegres y animadas eran también amenas y muy espirituales. En uno de aquellos encuentros nos habló del cielo y terminó refiriéndonos el ejemplo del monje que pensando en cómo sería la felicidad en la vida eterna y qué haríamos allí, se sentó bajo un árbol, cerca de su monasterio y al canto de un pajarillo del bosque se quedó dulcemente suspenso y abstraído años y años... Al terminar aquel relato, dio una palmadita y en tono más elevado exclamó: “¡Hijas, qué bien se estará en el cielo!”. Lo dijo con tal unción y gozo que nos dejó levantado el ánimo y el deseo de poseerlo ya. Su presencia nos infundía un respeto agradable.”

A una novicia que pasaba un tiempo de su segundo año en el colegio de Santa Susana, le daba este consejo: “Ahora que se encuentra aquí sin sus compañeras de noviciado, tiene que hacerse una celdita dentro de su corazón como Santa Catalina de Siena. Y le refirió aquel pasaje de la vida de la Santa. Me hizo mucho bien, decía la interesada, Madre Teresa Cid.

Muy comedida y precisa en sus amonestaciones, hacía esta reflexión a una Hermana necesitada de la misma, mientras se encontraban ambas bajo la sombra de una higuera en el patio de la casa: “Mire, Hermana, a quien no viva unida con sus superiores le pasará lo que a una de estas ramas si la separamos del árbol; se secará y ¡adiós fruto!

Lamentaba yo, decía la Hermana Inocencia Rioseco, encargada de la cocina, la molestia que me suponía el que algunas Hermanas llegaran tarde a la mesa de la hora primera³, por lo apurado del tiempo al mediodía; pero sin pensar que aquello pudiera suponer una denuncia.

Al siguiente día, ausente la Madre Superiora, llegó como por acaso al comedor la Madre Dolores al tiempo que entraban en él algunas de las comensales retrasadas. Las interrogó sobre su poca puntualidad y les recomendó una obediencia más pronta, no sólo en aquel acto, sino en todos, como a religiosas convenía. Con su discreta presencia no

³ Esta mesa anticipada era la de las Hermanas de oficios inmediatos: servir la mesa, leer, fregar, atender la portería, el comedor de niñas y otras atenciones similares.

dio lugar a que ninguna pensara en mis lamentos del día anterior y hasta yo misma. me quedé impresionada de su prudencia.

Un defecto que no toleraba entre sus religiosas era la descortesía en el trato; sus breves amonestaciones y amables en este caso, solían terminar con una penitencia tan piadosa como eficaz, decía la Hermana antes citada. Allí donde hubieren faltado, les recordaba, entre una leve sonrisa: “Miren, la Santísima Virgen es "Mater amabilis", reciénle tres Avemarías pidiéndole esta virtud que hace muy grata la vida fraterna”.

Continúa la misma Hermana: “Siendo yo mucho más joven que ella y simple y ruin en la Comunidad, me admiró en Madre Dolores lo exigente que era consigo misma. Con suma naturalidad y sencillez me dijo un día que si notaba algo en ella que no estuviera bien me agradecería que se lo advirtiera, pues bien sabía que estaba sujeta a las flaquezas de todo lo humano.

Verdad era que nos veíamos con alguna frecuencia, pero ante aquella expresión de humildad yo me sentí más pequeña aún y menos importante, porque en la casa vivían Madres del Gobierno General y a ellas correspondía aquel cometido”.

Siempre fue costumbre en nuestras Comunidades, en tiempos litúrgicamente fuertes, como Adviento, Cuaresma, viernes o vigiliias especiales, practicar algunas mortificaciones o actos de humildad cristiana, en plan rotativo o voluntario; ella no se eximía de estas prácticas cuando estaba en la Comunidad y hasta resultaba comunicativo el espíritu de fervor que ponía en ellas.

La Hermana María Platas intentó adelantársele en una ocasión en que la vio inclinarse para recoger del suelo un recorte caído en la sala de labor, y la detuvo diciendo: “No me prive usted, Hermana, de las gracias que el Señor concede a los pequeños actos de humildad y de que yo procure también la limpieza de la casa de Dios”.

Madre Dolores no gustaba de la ostentación ni de la alabanza en nada; y si por descuido alguna Hermana caía en este extremo, discretamente le recordaba el texto evangélico: “Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha” (Mt. 6,4).

Amiga de la naturalidad y de la sencillez, la quería hasta en la piedad y en el recogimiento, y que su base estuviera anclada en el interior muy fuertemente.

Cuando veía a alguien en necesidad o afectada de algún sufrimiento, se prodigaba en atenciones y consuelos; escuchaba sin prisa, aun cuando fuese una niña, y nadie se apartaba de su lado sin más fortaleza en el alma.

Ante las cosas bien hechas dejaba traslucir bondadosamente el gozo que le producía tal comportamiento, sobre todo si eran jóvenes o postulantes, y aprovechaba aquellas circunstancias para alentarlas y animarlas a la virtud, para lo que poseía una gracia especial.

Era condescendiente en lo que podía serlo y habitualmente muy bondadosa, pero ante las faltas que requerían corrección tenía mucha firmeza.

Nunca lastimaba a la culpable en sus advertencias, pues sus palabras tendían a moverla a la enmienda y al adelanto en las virtudes.

En general, después de conversar con ella se sentían mayores deseos de practicar el bien por la espiritualidad que envolvían sus conversaciones.

De trato muy acogedor e igual para todos, si con alguien afinaba su caridad, era con quien la hiciera sufrir en algún modo. Citaremos como ejemplo el siguiente caso: A primeros de 1923, una joven Hermana -Encarnación Beneito-, inteligente, culta y muy correcta en sus modos de proceder, movida por no sé qué espíritu o acaso

psíquicamente enfermiza, agrupó en torno a sí a otras dos o tres menos avisadas, y de mutuo acuerdo, elaboró la primera un proyecto de obra a realizar en Valencia, según decía. Visto luego a la luz de la verdad, resultaba ser un ardid ofensivo a la persona de la Sierva de Dios en sus funciones de gobierno, más que otra cosa.

Sorprendidas en uno de sus encuentros, todo quedó al descubierto y desvanecido por sí solo. Las incautas pidieron perdón y lo obtuvieron de inmediato. La protagonista mostró cierta reserva a la desconfianza, pero Madre Dolores se lo ofreció generosa y amablemente con toda la anchura de su corazón, dado que el hecho en sí no trascendía más allá de los límites de su persona.

Poco después, Encarnación Beneito, por sí misma dejaba la Congregación, alegando que no podía sufrir la presencia y bondadosa mirada de su Superiora General. Sin duda no llegó a comprender la grandeza de su corazón ", en contraste con la pequeñez del suyo.

Si en el perdón era generosa, Madre Dolores también era humildísima en obtenerlo para sí, ofreciendo a cambio las reparaciones más sinceras.

Dos casos confirmarán esta disposición suya que aparece en ella como connatural. Los refirió la Hermana Pilar Martínez con la emoción de quien volvía a vivir aquellos momentos. "Dos veces me reprendió a mí -dijo-, por faltas que yo no había cometido, pero que todo las hacía coincidir en mi persona. La primera vez era yo novicia. La verdad de lo sucedido se esclareció pronto, y la Madre me pidió perdón con tanta humildad que yo me sentía confundida, tanto por ser ella quien era, como por ser yo una simple novicia que acababa de llegar a la Congregación sin mérito alguno.

La segunda vez ocurrió a poco de hacer mi primera profesión. Yo me di cuenta del error en que estaba la Madre, y sin más justificación opté por callar. Ella conoció luego la verdad y quiso verme de inmediato, pero yo había salido a la calle. Esperé mi regreso, y nada más verme se arrodilló y me pidió mil perdones por lo que ella decía "injusta amonestación". Yo, al verla en aquella actitud y confesando mi inocencia, me emocioné y rompí a llorar sin saber qué hacer. Le di un abrazo y me fui saboreando la fuerza que da la virtud a los bienaventurados que gozan de su posesión.

En una ocasión más volví a emocionarme por una delicadeza suya: sufrí un mal paso y me fracturé un brazo. En tratamiento aún de este accidente, hube de realizar un trabajo que se avenía mal con mi situación. Nadie cayó en la cuenta y yo tampoco dije nada. Como pude lo fui haciendo y salió bien.

Cuando la Madre Dolores mucho se enteró, se condolió de mí y me lo expresó de mil maneras. Yo traté de quitar importancia al hecho, pero me sentí emocionada por su buen corazón y la atención que prestaba a nuestras cosas.

En el verano de 1923 ingresó en el postulante de Madrid una joven venida de Canarias, y al llegar el otoño advirtió a la Superiora de la casa que sin tener en cuenta lo que entre nosotras se usara proveyera de suficiente ropa de abrigo a dicha Hermana por lo duro que le iba a resultar aquel primer invierno en el clima de Madrid.

En otro momento llegó a nuestra casa una Hermana convaleciente de unas fiebres palúdicas, y recomendó a la Superiora y a la enfermera que, en las mañanas del mes de julio, siempre que fuera posible, la llevaran temprano a respirar el aire limpio y fresco del Retiro de Madrid, no lejos de nuestro colegio.

Estos detalles de su caridad con unas u otras personas -Hermanas o alumnas del internado- podrían multiplicarse por mil.

Tuberculosa de mucha gravedad la Hermana Carmen Antelo, la visitaba con frecuencia y, sentada junto a su cama, la oía largo rato y alentaba su ánimo con palabras de espiritual consuelo, incluso le contaba anécdotas y ejemplos que le amenizaran su tiempo.

Tratándose de las enfermas, era en extremo exquisita su caridad y sus atenciones en todo. Se interesaba por la medicación, los alimentos y por cuanto fuera del caso. Y es de advertir que por temperamento era muy mirada y harto escrupulosa.

En nuestras idas y venidas a las Escuelas del Barrio de La Elipa, en la periferia de Madrid, decía Madre Silveria Ramírez, una tarde de viento y lluvia nos hizo difícil el regreso a casa; llegamos tarde, llenas de barro y mojadas de arriba abajo. Pensábamos que nuestra tardanza tendría preocupada a nuestra Madre Superiora, y nos manifestara su disgusto por ello.

Mas, al entrar en el Colegio de Santa Susana, nuestra residencia, nos dimos con la Madre General, Madre Dolores. Al vernos, un "¡pobrecillas!" salió de sus labios. Y seguido: "Váyanse a la cama, allí les subirán la cena. Recen lo que puedan y nada más. Yo se lo diré a la Madre Superiora".

Le dimos las gracias y la obedecimos prontamente. En realidad, nos hacía falta aquel descanso.

En estas mismas Escuelas del Barrio de La Elipa sucedió a la Hermana Socorro Muñoz el siguiente lance que refirió ella misma: "Preparaban en casa -Santa Susana- una velada recreativa escolar y la Hermana encargada de los ensayos me rogó que le proporcionara un mantón de manila que necesitaba para la escena una de las protagonistas.

Acepté la comisión de buen grado y se lo pedí a la mamá de una de mis alumnas, que sabía yo lo tenía en su casa.

La buena mujer al dárme lo me hizo esta confidencia: "Lo guardo porque vive el abuelo y era de su madre, pero el día que falte lo vendo, Hermana, porque tenemos muchas necesidades".

Yo le di las gracias con la promesa de devolvérselo pronto y cuidarlo bien. Lo guardé en mi bolsa de mano que portaba yo misma y, cuando llegamos a casa, no estaba en ella; había desaparecido, y por más que investigamos, nunca apareció.

Yo me tomé un disgusto que ni comía ni dormía ni descansaba, dada la confidencia de la señora y el alto precio del mantón.

Dejamos pasar dos días y convencida ya de que no lo encontrábamos, iba a exponer el caso a nuestra Superiora y ver con ella el medio de compensar su pérdida.

En esto, una de las Hermanas, compañera mía en dichas Escuelas, contó lo sucedido a nuestra Madre General y el disgusto que yo me estaba pasando. Me mandó llamar y me reconvino amablemente por no haberlo dicho de inmediato. Luego convino con la Madre Superiora que fuera yo con otra Hermana por los comercios de la capital a ver si encontrábamos otro igual o lo más parecido posible dentro de la misma calidad, y que lo compráramos, por el precio que fuera para serle devuelto a su dueña. Al regreso de este quehacer, de nuevo me consoló y me dijo que no me acordara más de lo sucedido ni del importe del mantón".

5. EN LA OBSERVANCIA REGULAR

Atenta a la santificación de las Hermanas y a la suya propia, velaba por la observancia en todo lugar y siempre recomendaba que tuvieran mucho cuidado en evitar las faltas pequeñas, para que, siendo fieles en lo poco, no cayeran en lo mucho.

Si por acaso sorprendía a dos o más en animada conversación en hora de silencio, les recordaba suavemente, pero con firmeza, aquel dicho de un Santo Padre: "Para canonizar a un religioso basta que sea observante de sus reglas".

En un recreo de Comunidad una Hermana joven y recién profesada mostraba a otra su dedal; era un recuerdo de la Madre General, que se lo había dado, le decía, como premio cuando ella era colegiala.

La Madre se dio cuenta de la conversación, pero no les dijo nada. Pasado el recreo pidió el dedal a la interesada mientras le daba otro de uso corriente. La Hermana dio un suspiro y exclamó entregando su dedal: "Madre, sólo por el Corazón de Jesús me desprendo de él". Y por la pobreza profesada, añadió la Madre, que ahora ya es Vd. religiosa y la plata no va bien con ella.

Próxima a pasar al noviciado una postulante, fue advertida sobre varias cosillas que guardaba y en el noviciado no le iban a ser permitidas.

Advirtió la Madre el sacrificio que le costaba aquel desprendimiento y le dijo con mucha amabilidad: "Ofrezca al Señor generosamente lo que los Superiores, en nombre de Dios, le pidan, porque, aunque usted no sea religiosa todavía, se quiere preparar a serlo con la ayuda de Dios, ¿no es verdad?".

Aquellas palabras tan amables, decía la aludida, me animaron entonces, y en lo sucesivo me sirvieron también de mucho y las guardo como el mejor recuerdo de Madre Dolores.

¿Y respecto de ella misma?

En una de sus visitas regulares rehusó la habitación que le ofrecían en una de sus Comunidades, porque la colcha que cubría su cama le pareció demasiado vistosa en relación con las usadas entre nosotras. Y hubieron de cambiársela para que la aceptara.

Hermanas próximas a ella afirmaban que llevaba con más gusto un hábito usado y con piezas que uno nuevo o de estreno.

En el empleo del tiempo era sumamente aprovechada. Cuando asuntos de su cargo le dejaban libre unos momentos, ya tenía sus manos aplicadas al punto, o a otro quehacer corriente y útil. En sus años de mejor edad cosía y repasaba la ropa, alguna vez ayudaba en la cocina, en la plancha o en otros menesteres análogos. Cuando fue mayor, su labor preferente era el tejido de prendas de abrigo para las niñas más pequeñas del internado, cuyas familias no las proveerían de ellas para el invierno por su deficiente economía o por otra causa.

A tiempos, según las circunstancias, hubo de tener atención preferente, al visitar sus Comunidades, a la formación de las Hermanas dentro del contexto de las propias Constituciones; pues, si bien, en las dos aprobaciones pontificias, sustancialmente no se habían apartado de las que dejó a la Congregación la Madre Fundadora, en razón de las Normas emanadas de la Santa Sede, primero, y del Derecho Canónico después, habían perdido muchas de las motivaciones y de la riqueza escriturística con la que su Fundadora, Madre Isabel, animaba y daba calor en ellas a la vida del espíritu y a las virtudes sobrenaturales, como había sido de siempre el estilo de los Santos Fundadores.

Las de ahora presentadas y estructuradas más jurídicamente, resultaban menos jugosas en lo espiritual.

También alguna vez reunió a las Madres Superiores en Ejercicios Espirituales, y en encuentros de reflexión sobre los deberes de su cargo.

Hizo también preparar un Directorio ascético-disciplinar, que llevó a cabo el P. Wenceslao del Niño Jesús, C. D. en su primera parte. Rico en doctrina y muy a tono con las Constituciones y costumbres de la Congregación, aunque muy voluminoso, fue de gran provecho en su aplicación y en sus orientaciones.

En su elaboración, el sabio carmelita, tuvo a la vista las orientaciones y directrices, como se le había indicado, de Mons. Ossó a la Institución docente fundada por él, con desinterés de otras que a él mismo le serían más familiares y conocidas⁴.

Cuando por alguna circunstancia Madre Dolores recibía algún obsequio o regalo, y por delicadeza hubiera de aceptarlo, de inmediato lo ponía a disposición de la Comunidad o lo aplicaba al uso de aquello para lo que fuera útil en la casa.

Inaugurada la fundación del pueblo de Castiñeiras (Coruña) en 1916, fue muy pronto a visitar aquella casa. Se enteraron de su ida las señoras de Santa Eugenia de Riveira, promotoras de la obra en favor de aquel barrio pesquero de su ciudad, y se dispusieron para hacerle un recibimiento un tanto ruidoso y de mucho boato. Enterada ella se adelantó a la hora prevista como por acaso, y llegó a Castiñeiras sin dar lugar a varias exterioridades, ni a que nadie pudiera considerarlo descortesía o inconsideración en lo más mínimo.

En 1925, la Junta de Señoras Católicas de Madrid, a quienes pertenecía la fundación de doña Susana Benítez-de Lugo, por causas subsiguientes a la guerra de 1914 al 18 y por la situación política de España y otras causas, vio disminuidos los bienes fundacionales de su obra hasta tal punto, que acordó suspender el internado para las 30 huérfanas que los venían usufructuando desde 1889.

Madre Dolores, que veía de cerca la necesidad de estas niñas y la imposibilidad de sostenerlas por otro medio, así de inmediato, sufrió gran disgusto y pena, y como resultado le sobrevino una diabetes que hubo de soportar hasta su muerte.

Metida muy dentro del Corazón de Jesús, como decía ella en sus tribulaciones y apuros, recurrió en su amor para con los pequeñuelos y halló el remedio que buscaba.

Un caballero de vida cristiana fue favorecido con el primer premio de la lotería de Navidad, y a merced de sus beneficios se hizo cargo de 18 huérfanas de nula economía, y las restantes fueron quedando entre las acogidas por la Junta Provincial de Protección de Menores.

El tratamiento al mal contraído por ella en esta ocasión, dio lugar a poner más de manifiesto su obediencia y docilidad a planes de alimentación y disposiciones médicas que siguió sin hastío ni muestra de cansancio. Lo mismo se comportó respecto de un humor sanguíneo que la molestó largos años, y ni aun cuando en la ancianidad se le fue acentuando más se mostró impaciente ni disconforme con tal padecimiento, incurable por la ciencia humana.

⁴ Madre Dolores Pujalte, llevada, sin duda, de la sensibilidad de su corazón hacia los más necesitados –y lo mismo sus Consiliarias en la proporción que a ellas competía-, al acomodar las Constituciones y prepararlas para cada una de las dos aprobaciones pontificias, dejaron muy limitado el campo que a nuestro apostolado había fijado en ellas su Fundadora. Gobiernos posteriores volvieron sobre este punto y lo dejaron como en un su principio.

Acogida al querer de Dios se sentía contenta y feliz; hasta con bromas y sonrisas celebraba su flaqueza de los últimos años que vivió, diciendo alguna vez que ya le sobraba piel para la envoltura de sus menguados miembros, y ante la falta de la vista y del oído, que también se le habían entorpecido, repetía con paciente buen humor: "El Señor me va llevando los sentidos para el cielo; pronto iré yo tras ellos". Y se reía de sí misma con suma placidez y total abandono a la voluntad de Dios.

6. EN EL APOSTOLADO DE LA CONGREGACION

Religiosa de gran espíritu interior, de mucha caridad y celo por la salvación de las almas, Madre Dolores se dejaba ganar con pocas razones en el campo del apostolado de la Congregación. Le bastaban las que miraran al bien de las almas. Bajo ninguna otra faceta valoró el trabajo ni contempló los intereses materiales afines al mismo.

Oró mucho y estuvo pronta al sacrificio cuando de la educación cristiana de la infancia y de la juventud se trataba.

El elemento humano como medio de apoyo y sostén de toda obra, por espiritual que fuera, no contaba para ella a la hora de las decisiones y de los compromisos.

En los años de su gobierno abrió a la Congregación veinte colegios en siete diócesis de España y Cuba; y no obstante su buena voluntad para mantener en activo su función, algunos duraron pocos años.

Como a tantos santos y apóstoles de la educación cristiana, se le iba el corazón incontinentemente ante la miseria espiritual de tantos hijos de Dios, y llevarlos a Él era su felicidad y su encanto.

Obra suya fueron también las cinco escuelas con veintidós aulas, diseminadas por algunos barrios de la periferia de Madrid: Las Ventas, La Elipa, Vicálvaro, el Cerro y Rodas. Dependientes todas ellas del Colegio de Santa Susana, su residencia.

Promovidas estas escuelas por la "Junta de Señoras Católicas de Madrid", e instaladas en locales adaptados lo mejor posible a la docencia, fueron el más laudable lenitivo para su población, carente de medios y muy necesitada de formación cristiana y humana en general. Unos mil doscientos niños y niñas en su mayoría, llenaron la matrícula de sus aulas desde el año 1910, en que surgieron las primeras, hasta 1936, en que la situación política de España, en desesperado litigio de malsanas ideas, acometió con violencia a todo lo bueno y las envolvió en sus ruinas, dejando a los hijos del pueblo, para los que habían sido creadas, privados de sus beneficios.

Para las gentes de aquellos barrios, avecindadas en casitas de planta baja, comúnmente, de flaca construcción y de calles terrosas, fueron como una bendición de Dios en pro de su cultura. Al terminar su escolaridad aquellas adolescentes y jovencitas, se colocaban fácilmente en buenos puestos de trabajo, y con gozo y contento acrecentaban el bienestar de su casa y familia.

Gentes, en general, de nula o muy pequeña economía, eran ricas en sentimientos y nobleza de corazón, que puestos al servicio de la verdad y de la cultura daban generosidad y sacrificio para alcanzarla.

Las Hermanas profesoras de estos campos en roturación, al despedirse cada mañana o al saludarla cuando la veían en otros momentos, siempre oían de ella alguna palabra de aliento y de estima para su labor. Con frecuencia les decía: "¡Qué bello es

enseñar a los niños el camino del cielo!". Y en los años difíciles de 1931 y siguientes, les repetía esta otra: "Piensen que van a preservar a lo más querido del Señor, que son los niños, de caer en las redes del diablo".

Nunca en los encuentros con las Hermanas le faltaba una palabra confortadora para su quehacer, cualquiera que fuese la ocupación de cada una.

7. SUS ULTIMOS AÑOS

En julio de 1928 cesó en el cargo de Superiora General, si bien quedó en el Consejo de Gobierno todo el sexenio siguiente hasta 1934.

Su primer acto después de aquel cese, fue postrarse en el umbral de la puerta de la Capilla a la hora de ir a entrar en ella la Comunidad para que todas le pasaran por encima. Visto lo cual, ya nadie se extrañó de verla pedir los más simples permisos a la Superiora como una más de entre las Hermanas.

Cuando alguna le escribía, le contestaba atentamente y en el mismo tono espiritual y breve usado por ella. En sus paseítos por los tránsitos de la casa, tenía el oficio de ir completándolo todo: con su rosario en la mano ponía en su lugar lo que no estuviera bien, ora fuera una persiana sin sujetar o una ventana o puerta a merced del aire, y sin aparentar hacer las cosas, eran muy provechosos sus paseos, aunque nadie lo advirtiera.

El 28 de febrero de 1930 fue operada de cataratas sin éxito ni mejoría alguna para su vista, y con gran fortaleza y conformidad con la voluntad de Dios, aceptó aquella cruz como un regalo del Señor.

En septiembre a siguiente, aprovechando un viaje Barcelona de la Rvma. Madre General, Madre Luisa -hermana suya-, fue a Montserrat y pasaron allí muy breves días. Madre Dolores refería luego que, aunque le había costado trabajo ir recordando el nombre de cada Hermana, por cada una había rezado una Salve ante la imagen bendita de nuestra Señora en aquel santo lugar. Para su vista nada tuvo a bien concederle la Excelsa Madre de Dios y nuestra. Todas sus mercedes fueron para el espíritu.

Día a día iba sintiendo disminuida su capacidad para ver, y pronto llegó a no distinguir las personas ni la forma de los objetos.

En tal situación fue centrando su quehacer en solo labores de punto. Preguntaba a la ropera quién necesitaba jersey para el próximo invierno y se lo tejía sin perder apenas un punto. Su semblante devoto y recogido en Dios nuestro Señor y la atención a su trabajo, era de mucha edificación a cuantos la veían.

Al sobrevenir a España la segunda república a mediados de abril de 1931, su salud era muy decadente, pero su espíritu estaba fuerte y seguro en la Providencia de Dios.

Apenas transcurridos veinticinco días de régimen republicano, inició éste sus expansiones contra todo lo santo y sagrado incendiando conventos e iglesias en varias ciudades, empezando por Madrid. El 11 de mayo fue su primer ensayo, que resultó una auténtica tragedia.

El Colegio de Santa Susana no quedaba excluido de sus listas, a pesar de haber sido creado para el pueblo y usufructuado por él desde el principio. Era demasiado conocida por los hijos de las tinieblas la luz que irradiaba sobre sus 250 alumnas en la

propia casa-colegio y sobre las 1.200 de las escuelas diseminadas por los suburbios de la periferia ciudadana.

La presencia de las religiosas en ellas, el alimento de la formación cristiana y la asistencia colegial a la Misa de cada domingo y día festivo en la iglesia parroquial de la zona, eran delitos que no podían ignorar los componentes del régimen recién estrenado.

No importaba que las 1.450 alumnas recibieran gratuitamente tanto beneficio. El caso era que había que incendiar el colegio, y fijaron la hora veinticuatro de aquel 11 de mayo para consumir el acuerdo.

Desde el oscurecer se habían ido formando grupos de curiosos en las cercanías del mismo en atenta expectativa de lo que fuera a suceder cuando llegaran los incendiarios.

A las religiosas se les hacía increíble el rumor que llegaba hasta ellas, estando el colegio lleno de niñas que pudieran ser hijas, hermanas o allegadas de los infelices asaltantes, caídos en las redes de otras fuerzas que ni sabían adónde los iban a ir llevando.

En realidad, dentro de casa cundía la intranquilidad, pero nadie hacía intención de abandonar el colegio.

De pronto y ya anochecido, se hizo presente un jefe militar con un pelotón de soldados, alejó de allí a los curiosos expectantes, formó a sus hombres en plan de guardia por unas horas y no pasó más.

Los ánimos se fueron serenando, renació un tanto la confianza, y las escuelas - contra viento y marea-, siguieron llenando su función en aquellos años, con una asistencia muy normal y el mismo reglamento de vida cristiana, como era lo suyo.

Desde entonces, Madre Dolores se constituyó en alma de continua oración reparadora. Hasta en los tránsitos y en los breves descansos de su labor manual seguía pasando las cuentas de su rosario lentamente y sin interrupción uno y otro día.

Aconsejada la Rvma. Madre General, y como una medida de prudencia, tomó en alquiler una vivienda fuera de la conventual, porque la situación seguía siendo poco tranquilizadora, y el peligro de que volvieran a repetirse los sucesos del 11 de mayo seguía latente.

Como se temía, surgió una nueva amenaza poco después.

La Madre Superiora General, de temperamento muy miedoso, dada la dificultad de movimientos de Madre Dolores, le mandó trasladarse a la vivienda citada, junto con algunas otras Hermanas y con ella misma. Madre Dolores se resistió a dicho traslado mientras quedaran dentro del colegio otras Hermanas y las niñas del internado. Instada una y otra vez, obedeció sumisa; pero el vencimiento que le costó aquella obediencia le ocasionó un acceso de fiebre y trastornos en su salud, tales que obligaron a volverla en días inmediatos a su querido colegio de Santa Susana, resuelta como antes a salir, sí, pero la última y cuando ya no quedara dentro ninguna.

El riesgo de intromisiones y asaltos seguía creciendo de día en día, y las Hermanas más tímidas fueron autorizadas a pernoctar fuera cada vez que el peligro se veía más acentuado.

En tales ocasiones y dudas, muchas Hermanas acudían a ella en busca de consejo, y a todas solía decirles lo mismo: "Si es de su elección el irse o el quedarse, no se vaya; pues no ha de ser más que lo que Dios quiera. Las niñas están en casa, nosotras también. Confíemos en el Señor".

Sin embargo, la convicción de que sus días terminarían en un sacrificio cruento se había ido adueñando de su ánimo, y, a la vez, centraba ella su espíritu en la mejor preparación para aceptar lo que el Señor tuviera dispuesto para ella. Todo, menos dejar su Comunidad mientras hubiera dentro del colegio una sola Hermana o niña del internado.

Si volvían a recordarle que era más tranquilizador para todas que estuviera fuera con algunas Hermanas que la acompañarían, su respuesta era siempre la misma: "En cualquier lugar que sea me quedaría sin Misa, sin poder recibir la Sagrada Comunión ni visitar al Santísimo en todo el día. Es mucha pérdida, y al fin, no ha de ser más que lo que Dios quiera".

Por otro lado, su salud se iba agravando con nuevos achaques. Todo el año 1936 la invadió una erupción de bultos y diviesos rebeldes a todo tratamiento. En tal situación, el lugar más apto para ella era un centro sanitario; cosa nada aconsejable por la tirantez y animosidad socio-religiosa de entonces. Ni aun estos respetables lugares ofrecían confianza en aquellos momentos.

Ella necesitaba de continuo los servicios de una enfermera y los enseres sanitarios del caso.

Madre Francisca Aldea asumía -con la Hermana enfermera-, las atenciones y cuidados que le eran necesarios; y ante el temor de un posible atropello decía también: "¿Adónde vamos a ir con esta enferma según está? No cabe otra cosa que confiar en la Providencia divina".

Así las cosas, llegaron una tarde las Hermanas profesoras de las Escuelas de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, en el barrio de Rodas, y sin tener en cuenta que Madre Dolores pudiera oírlo, refirieron a la Madre Francisca Aldea algunos hechos desagradables sobre la situación imperante, cada vez más amenazadora.

Ella se dio por enterada de la conversación y volviéndose hacia la Madre Aldea le dijo: "En cuanto a mí, si me matan desde ahora perdono a quien lo haga. Y usted ¿los perdona, Madre Aldea?". "Sí, Madre, sí, yo también los perdono; las dos los perdonamos". Sucedió esto a primeros de julio.

El 13 del mismo mes caía vilmente asesinado el estadista y caballero cristiano, Sr. Calvo Sotelo; hecho que puso en tensión los nervios de todo buen nacido por las circunstancias que entrañó el hecho de su muerte.

La Superiora de la casa, Madre Amalia Bravo, y la misma Madre Aldea, estimaron conveniente que la anciana Madre Dolores conociera la muerte de este gran político. Al saber la noticia, tuvo para ella esta sola exclamación: "Hijas mías, ya no nos queda más que prepararnos para morir". Y en esta preparación se centró totalmente los días sucesivos.

En la mañana del día 20 –estamos en el mes de julio-, oyó la Santa Misa y recibió la Sagrada Comunión como todos los días; luego regresó a su aposento para tomar el desayuno y que la enfermera le aplicara las curas de aquella hora.

Mientras desayunaba se acercó a ella la Hermana Emilia González, le dio los buenos días, se interesó por su estado de ánimo y cambió con ella algunas palabras sobre la situación alarmante de aquellos momentos. A Madre Dolores le volvió de nuevo a los labios la expresión dictada por los sentimientos de sus santas disposiciones: "¡Dios mío! ¿Qué nos harán? Nos matarán, pero yo los perdono".

Todas sabían en casa que nuestro Colegio de la Sagrada Familia estaba siendo pasto de las llamas entonces mismo y que su Comunidad vagaba dispersa después de una noche de asedio y de tiroteo por los asaltantes. La cercanía de ambos colegios - Santa Susana y Sagrada Familia-, hacían la escena más comprometedora.

Por esta razón, mantuvieron levantada a Madre Dolores y dispuesta para trasladarla a una casa particular, en la que se tenían preparadas algunas cosas de primera necesidad para ella y para su compañera, Madre Francisca Aldea.

En vista de que no la acostaban, pidió que la volvieran a la capilla, y en ella la sorprendieron los asaltantes poco antes de las doce del día.

MADRE FRANCISCA DEL CORAZÓN DE JESÚS ALDEA ARAUJO

SUS FECHAS CRONOLÓGICAS

- 1881: Nace el 17 de diciembre, en Somolinos, Guadalaíara. El 19 del mismo mes recibió las aguas del Bautismo.
- 1892: Recibe el Sacramento de la Confirmación en el mes de octubre.
- 1899: El 8 de diciembre ingresa en el Instituto de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús.
- 1900: El 15 de abril viste el hábito de novicia.
- 1903: El 20 de septiembre hizo su primera profesión.
- 1904: Se tituló de maestra con la máxima calificación.
- 1910: El 1 de noviembre emitió sus votos perpetuos.
- 1910 a 1916: Es-Superiora local en el Colegio de Quintana de Soba. Santander.
- 1916 a 1935: Los Capítulos Generales, por tres veces, la eligen Consiliaria General.
- 1925: Por muerte de la Secretaria General, ocupó este cargo hasta 1935.
- 1935: El Capítulo General la eligió, en febrero, Ecónoma General.
- 1916 a 1919: Es Superiora local del Colegio de Santa Su sana. Madrid.
- 1922 a 1925: Ocupa por segunda vez el cargo anterior.
- 1936: El 20 de julio. Murió vilmente asesinada, siendo considerada mártir de Cristo y de la Iglesia.

8. ELIGIÓ PRONTO SU CAMINO

Nacimiento e infancia de Francisca

En Somolinos, provincia de Guadalajara, tuvo su cuna. Nació un sábado, 17 de diciembre de 1881. A los dos días -el 19 del mismo mes- recibió las aguas del bautismo en la Parroquia de la Concepción de Nuestra Señora de Somolinos, con el nombre de Francisca. Sus padres, don Pablo Aldea Aldea y doña Narcisa Araujo de Diego, fueron ricos en virtudes cristianas y escasos en bienes de fortuna.

Tres hijos alegraron el hogar de los esposos Aldea-Araujo, por un poco de tiempo: Francisca, Agustín y Damiana.

En busca de un mayor bienestar, los padres trasladaron su residencia a Madrid, donde vivía ya alguno de sus hermanos. Desgraciadamente, don Pablo falleció pronto, y no mucho después moría también doña Narcisa, víctima de un contagio de viruela (2 de enero de 1892).

Los tres niños -con once, ocho y cinco años de edad- quedaban bajo la tutela de sus tíos, huérfanos y sin otro amparo.

A la muerte de la madre, Francisca se encontraba ya entre las internas del Colegio de Santa Susana en la misma capital. En él recibió el Sacramento de la Confirmación en octubre de 1892. Sus dos hermanos, Damiana y Agustín, la precedieron en su paso a la eternidad. La primera falleció el 25 de enero de 1924, religiosa como ella en la misma Congregación, y Agustín falleció el 14 de noviembre de 1935, dejando en la orfandad cuatro hijos menores, y muy contristado el corazón de su viuda y de su hermana, que lo amaban entrañablemente.

Francisca pasó en el colegio nueve años, y desde sus aulas hizo el ingreso en el postulante del Instituto en que se educaba.

De todo este tiempo hizo la siguiente semblanza de Francisca una de sus compañeras, educanda y religiosa como ella en los mismos años⁵.

Dice así: "Francisca fue en el colegio una de las alumnas más aventajadas; muy inteligente y comprensiva. Como, por naturaleza, parecía inclinada a todo lo bueno. Sobre sus compañeras tuvo siempre un cierto ascendiente, que ella sabía aprovechar para hacerlas mejores, hablarles de la Santísima Virgen, inducirles a que cantaran en su honor lo más bonito que sabían y algunas veces formaba con ellas competiciones poéticas. Las más pequeñas gustaban estar a su alrededor y todas la obedecían con agrado.

En la devoción a la Excelsa Madre de Dios y nuestra sobresalió siempre, y pronto lució sobre su pecho la medalla de Hija de María.

En obsequio a tan buena Madre hacía frecuentes mortificaciones y sacrificios, tales como privarse de postre los sábados si era dulce, porque le gustaba mucho, y en las fiestas de Nuestra Señora solía rogar que se lo dieran a un pobre.

⁵ La Madre Josefa García.

Tenía una habilidad especial para aconsejar a otras niñas el amor práctico a la Santísima Virgen, haciendo sus pequeños deberes bien hechos, y obedeciendo mejor a las Hermanas. Al final de su exhortación solía añadir: “Si lo hacemos así, la Virgen, nuestra Madre, ¡sí que nos llevará al cielo!”.

Cuando los trabajos escolares u otros complementarios no la ocupaban, gustaba ayudar en los pequeños quehaceres domésticos. Por temperamento era alegre y de buen humor, pero la entretenían poco los juegos infantiles; como por naturaleza, tendía de continuo a algo más útil.

En la vida religiosa

A los dieciocho años hizo su ingreso en ella. Escogió por sí misma el día de la Inmaculada, 8 de diciembre de 1899. Si en su adolescencia y juventud había sido modelo para sus compañeras, ahora lo será para sus connovicias, porque en su fervor y bondad acreció notablemente. Era respetuosa, de mucha caridad y fácil en la obediencia; en todo aparecía alegre y con deseos de complacer. No era fácil saber cuándo le desagradaba una cosa, aunque fuera en sí poco grata. Y estas notas distintivas en su proceder fueron permanentes en ella hasta su muerte; lo mismo de súbdita que de Superiora.

Vistió el hábito de su Congregación el 15 de abril de 1900, llenando su alma de santa alegría el poder llamarse desde entonces Francisca del Corazón de Jesús. La devoción a este Corazón divino, junto con la de la Santísima Virgen, constituyó su más ardiente amor toda la vida.

Fue su Maestra de noviciado la Madre Dolores del Corazón de Jesús Pujalte, su compañera de martirio, que había sido también Superiora del colegio en los años en que Francisca era colegiala.

Tomó muy en serio la vocación a que el Señor la había llamado y se dio por entero a la adquisición de las virtudes propias de su nuevo estado. Por encima de todas, sobresalió en la piedad y en el amor a la observancia.

Circunstancias ajenas a sí misma le ocasionaron una prórroga en su noviciado demasiado excesiva. Francisca la sobrellevó con edificante paciencia y conformidad en todo tiempo. Por fin, llena de júbilo, se consagró decididamente al Señor con la emisión de los votos de su profesión el 20 de septiembre de 1903; y en el mismo Colegio de Santa Susana pasó a formar parte de la Comunidad de profesas.

Pronto hubo de empezar una preparación pedagógica apta para el apostolado de la educación, y al año siguiente, 1904, rendía su último examen en la Escuela Normal de Toledo con la máxima calificación. Desde entonces la obediencia le confió una clase de niñas externas en el mismo Centro y la desempeñó a plena satisfacción hasta finales de 1906.

En este tiempo, las Superiores Mayores habían aceptado una fundación en Quintana de Soba, provincia de Santander, y entre las destinadas a la misma estaba la Hermana Francisca Aldea. La noticia de su designación ocasionó la hilaridad de un recreo y puso de manifiesto, una vez más, lo sano de su espontaneidad.

Durante aquellos momentos de fraterna expansión de la Comunidad, la Madre General dio a conocer a la misma la próxima apertura de un pequeño colegio en el lugar citado, interrogando, a la vez, interrogando, a la vez, quién se ofrecía para ir de fundadora. La Hermana Francisca contestó de inmediato con un “yo rezaré para que no me toque”. A la ingenua respuesta contestó la Madre: “Tarde acordaste, hija; ya está usted destinada”. Todas acogieron el lance con una explosión de risa. Y la interesada, inmutable y serena, hizo la hilaridad de aquel recreo con la broma de su salida, y dio su asentimiento sin un gesto de desagrado.

9. EN OTROS MOMENTOS DE SU VIDA RELIGIOSA

El 8 de diciembre de 1906 quedaba inaugurado el nuevo Colegio de Quintana de Soba con el nombre de la Inmaculada Concepción, y la Hermana Francisca fue una de sus maestras nueve años seguidos; hasta febrero de 1916.

Para ella, que había vivido siempre en el ambiente de una capital, no dejó de suponerle mil incomodidades la vida en la montaña santanderina; sobre todo, sus inviernos nevados y el clima lluvioso y frío de la región.

En estos años, a las satisfacciones por la aprobación pontificia del Instituto, vino a unirse el gozo de la efeméride del 1 de noviembre de 1910 con la emisión de votos perpetuos de 32 Hermanas reunidas en Madrid para este solemne acto. Entre las profesandas, estaba, alegre y gozosa, la Hermana Francisca Aldea, venida, al efecto, desde el pequeño colegio de Quintana. Tal fue la grata ocasión en que volvió a vivir unos días en su anterior residencia de Madrid.

Pasadas las íntimas emociones de aquella fecha, regresó a su minicomunidad en las tierras de Santander para seguir en su apostolado docente, callada, humilde y perseverante.

En el mes de febrero anterior había celebrado la Congregación el primer Capítulo General, dentro del plano de “derecho pontificio” de que ya gozaba. En él había sido elegida para un cargo generalicio su Madre Superiora, María Arén. Era necesario, pues, que otra asumiera las responsabilidades del cargo que había dejado vacante.

Las Superiores Mayores no dudaron en que la mesura, virtud y prudencia de la Hermana Francisca la harían apta para sucederle dignamente. Y la eligieron Superiora para un trienio y, seguidamente, para otro. El tiempo confirmó que no se habían equivocado, y las religiosas que fueron sus súbditas bendijeron mil veces lo acertado de su elección. De varias de ellas es la siguiente relación referente a aquellos años.

Dice así: "Si la Hermana Francisca Aldea había sido observante y fervorosa, atenta y sumisa en todo cuando súbdita, para saber luego quién era la Superiora en la Casa, bastaba ver quién iba delante en los actos de piedad, en el trabajo escolar, en los quehaceres de la casa y hasta en los cuidados de la huerta; no obstante tener ella en las faenas hortícolas muy poca práctica por el desconocimiento de la vida rural en que se había criado.

Escuchaba con paciencia cuando era necesario; consolaba y daba consejos como una verdadera madre, y era la enfermera más asidua cuando alguna la necesitaba. Con toda naturalidad prestaba los servicios más humildes y adivinaba las necesidades de las enfermas para aliviarlas con mucha caridad.

De temperamento muy entero por naturaleza, dominaba sus afectos y sus inclinaciones hasta el punto de no aparecer nunca disgustada. Amonestaba con mucha mansedumbre y, cuando corregía, si bien era enérgica, usaba de tal moderación e interés, que sus palabras no dejaban nunca amargura, y sí deseos de ser mejor. Sabía animar a la perfección con celo y convicciones muy atinadas, y frecuentemente recordaba a las Hermanas que, después de la oración y con ella, el medio más eficaz del apostolado de todas y de cada una, lo mismo ante las niñas que ante cualquier clase de público, era el del buen ejemplo. En este punto, afirmaba la Hermana Enriqueta Nuevo, era muy insistente. Y añadía: "De cuán mortificada era, baste decir que, con haber allí mucha fruta, se abstenía de tomarla los sábados en obsequio a la Santísima Virgen, y su ejemplo movió a algunas a imitarla".

Nunca se dispensaba de los ayunos regulares, ni de otras mortificaciones de las acostumbradas entre nosotras. En la comida era muy parca, y nunca se permitía extraordinario alguno. Como era muy silenciosa y yo faltaba tantas veces a este punto de la observancia religiosa, me hizo un día esta recomendación: "Mire, Hermana, allí donde usted se dé cuenta que ha faltado al silencio, arrodílese y rece un Avemaría, verá cómo se enmienda". Padecía frecuentes dolores de cabeza, pero les hacía poco caso".

Tuvimos una temporada en que la única misa que se celebraba en la localidad era demasiado tarde para la buena marcha de las clases; y debíamos quedarnos una sin oírla para tener abierto el colegio cuando fueran llegando las alumnas, máxime si llovía como era frecuente allí. La Madre Aldea acordó entonces que, mientras durara tal situación, nos quedáramos una cada día en el colegio sin oírla, y, empezando por ella, así lo hicimos.

Lo mismo que antes, en los años en que fue Superiora siguió desempeñando su clase sin otra novedad. ¡Y cuánto había que aprender de su fervor y de su celo en la educación de las niñas!

A la par que su intensa devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús y a la Santa Infancia del Niño divino, corría la que profesaba a la Santísima Virgen. Al aproximarse sus fiestas, preparaba a las niñas con cuidadosa diligencia para celebrarlas muy bien.

Además de las lecciones ocasionales que la circunstancia requería, las ejercitaba mediante obsequios prácticos y con el amor y cariño filial de quien ensalza y honra a su celestial Madre, las iba enfervorizando para que vivieran conscientes la realidad de sus prerrogativas y misterios.

Entre los vecinos de Quintana de Soba ejerció también un influjo benéfico la caridad de Madre Francisca: a uno prodigándole un consejo o animándolo a una eficaz reconciliación que borrara el roce desagradable de una incomprensión más o menos intencionada; a otro animándolo a una obra buena o al cumplimiento de tal o cual deber'. Hasta los enfermos recibían el consuelo de sus visitas y de una amable palabra suya

que les dijera algo de lo que entonces necesitaban: algo de allá arriba, de Dios, de su alma.

Por todo, era muy estimada y querida de aquellas buenas gentes, que sintieron con toda el alma su marcha cuando el capítulo General de 1916 le dio en el Gobierno del Instituto el cargo de Consejera”.

De nuevo en Madrid

De vuelta a la capital se entregó con alma y vida a las obligaciones del nuevo cargo. Pronto hubo de aceptar también el de Superiora de la Casa Generalicia, cuya Comunidad era bastante numerosa y con un internado de 80 niñas huérfanas o de familias de muy débil economía. Dependientes, a la vez, de su gobierno estaban también las varias escuelas diseminadas por los suburbios del este de Madrid, con sus 22 aulas en función. A todo supo prodigarse con celo y caridad nunca desmentidas. Era el resultado de haber aceptado el cargo con amor, ánimo generoso y mucho caudal de sacrificio.

Silenciosa y recogida como antes, siempre estaba pronta para que nada faltara a cada una de las Hermanas y niñas, si es que estuviera en su mano el remediarlo.

Para con las educandas del internado tenía rasgos de ternura muy maternal. En los días de fiesta gustaba servirles el postre por sí misma, y cada día, a la hora de la comida, daba una vuelta por los comedores, interesándose por alguna inapetente, delicada o simplemente para ver si todo estaba bien. Visitaba con frecuencia las enfermerías y demás dependencias de la casa, especialmente las que ocupaban las niñas más pequeñas, para que todo en ellas estuviese en orden y a tiempo. Aprovechaba todas las ocasiones, confidencias o encuentros, o el momento de entregar lo que el uso de cada una exigiera, para decirles una palabrita de afecto y amor a la vida profesada o recordarles el espíritu con que debían disponer y usar de las cosas: “Gástelo como algo que la Congregación le encomienda para que se sirva de ello”. Era el consejo para una. A otra: “No olvide que ninguna tenemos nada; todo es de la casa del Señor”. Después de una de sus vueltecitas por el comedor, dijo a la Hermana dispensera: “Me parece algo poco lo que ha puesto a las niñas. Debería ver si lo puede aumentar. Al fin, soy yo la responsable ante Dios nuestro Señor de lo que les falte”.

Cuando salía de casa, decía la Hermana enfermera, solía preguntarme si necesitaba alguna cosa de mi oficio, y con toda caridad traía lo que fuera necesario.

Con la oportunidad de sus consejos y el ejemplo de su vida diaria, mantuvo vivo y en todo crecimiento el espíritu sobrenatural de su Comunidad, con el intento de ir alcanzando la perfección para cada una y para sí propia.

Entre las Hermanas destinadas a la fundación del Colegio de Castiñeiras, en Santa Eugenia de Riveira (La Coruña), el 10 de septiembre de 1917 se encontraba la Hermana María Martínez, profesora de poco tiempo. Madre Aldea quiso acompañarlas a la estación y despedirlas con la salida del tren.

De un gesto tan maternal tomó ella confianza para decirle el poco gusto con que iba y la pena que tenía en dejar su primera casa de profesora.

Madre Aldea, muy amablemente, la alentó a un mayor desprendimiento y disponibilidad, y terminó con estas palabras: "Hay que ir a donde Dios quiera a trabajar por su gloria, y claro está, tenemos que separarnos; pero en eso no piense".

Unos años después volvió a formar parte de la Comunidad del Colegio de Santa Susana, en Madrid, con el cargo de Ecónoma local. Entonces, dice ella misma, pude darme cuenta de cuán obediente era la Madre Francisca Aldea, ahora mi Superiora.

Estaba atenta a cualquier disposición de la Superiora General, aunque procediera de un simple deseo; a lo señalado por los horarios y reglamentos, incluso por las costumbres tradicionales de la casa; y de nada se dispensaba sin una razón justificada y patente. Lo mismo era respecto de los formularios establecidos para nuestra modesta contabilidad.

Celaba cuidadosamente la labor escolar de las Hermanas dedicadas a la enseñanza, y muy difícilmente las dispensaba de la hora de preparación establecida para este ministerio.

Solicita por la fidelidad de cada Hermana a las exigencias de su vocación, se la vio llorar amonestando a una juniora vacilante en su perseverancia, y con palabras llenas de afabilidad la invitaba a la reflexión y a que pidiera al Señor sus luces para no errar en su determinación.

En las correcciones era firme, pero dulce y suave en sus maneras. Nunca se la vio faltar a la caridad ni en palabras ni en obras.

Muy recatada y pudorosa, preguntó un día a la Hermana enfermera qué medicación podría aplicarse a una erupción que le había salido en la parte baja de la espalda y le molestaba mucho. Era poco antes de su muerte.

La Hermana se ofreció a curarla y le dijo, además: "Debería verla el médico". Contestó ella: "No, no; eso cuando yo no tenga conocimiento; mientras lo tenga no quiero que me vea nadie, ni que me toquen. A ver si me arreglo yo sola". Y le dio las gracias. Decía la enfermera: "No volvió a decirme nada, ni yo supe si se mejoró".

Después de su muerte, y restablecida ya la Comunidad a su vida regular, eran frecuentes los comentarios elogiosos a su piedad y fervor: a la serenidad y atención con que rezaba y dirigía el rezo del Oficio Parvo de la Santísima Virgen, el Trisagio a la Santísima Trinidad acostumbrado entre nosotras, el recogimiento con que se acercaba a recibir los Sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia y el calor de afecto que ponía en las visitas al Santísimo Sacramento. Su rezar en las oraciones comunes era más bien alto y ligeramente reposado. Decía una de las Hermanas sacristanas que casi siempre era una de las primeras en llegar a la Capilla para los actos comunes de piedad.

De complexión algo robusta, llamó la atención a muchas su parquedad y moderación en el comer, y si molestaba por sus frecuentes dolores de cabeza, tenía que salir a la calle, no se aplicaba otro remedio que una toma de café sin azúcar.

Con las personas débiles y defectuosas era sumamente benigna y caritativa. Y no obstante ser tan numerosa su Comunidad, para todas tenía el mismo trato y en todo momento se mostraba comedida y prudente.

Con las educandas, si alguna preferencia tenía era con las más desvalidas, y en su trato con ellas era amable y complaciente, pero sabía hacerlas fuertes y reflexivas, y

de sus exhortaciones sacaban mayor estima y aprecio hacia su Madre Superiora, convencidas de que en todo buscaba su bien.

Una de las Hermanas se complacía en referir que, siendo ella postulante, había cometido una falta demasiado notable, y su Maestra le había impuesto como penitencia la confesión de la misma a la Madre Superiora. Tal obediencia le costaba mucho cumplirla y no se determinaba a ir directamente a ella con tan ingrato cometido. Como en un encuentro ocasional, pues, la paró a la salida de la Capilla y le refirió su acción. Y añadía: "Madre Aldea debió leer en mi rostro lo mucho que me estaba costando aquella confesión. Al terminar yo, me dio un abrazo y con un "tenga cuidado de no volver a hacer lo que esté mal", me miró llena de benevolencia y siguió su camino sin decirme más. Nunca corrección alguna fue para mí de tanta eficacia, ni me dejó tan consolada".

En enero de 1925 falleció la Madre Remedios Latrilla, que era la Secretaria General en aquel entonces, y la Madre Francisca Aldea vino a sucederla en dicho cargo.

Cesó, pues, como Superiora de la Casa Generalicia con mucho sentimiento de la Comunidad y muy honda gratitud por el acierto con que la había dirigido aquellos años.

Estuvo en este nuevo servicio a la Congregación, junto con el de Consiliaria, hasta febrero de 1935. Entonces asumió el de Ecónoma General y cesó en los anteriores.

Como siempre, siguió siendo la religiosa prudente, fervorosa, humilde, sencilla y pronta a todo lo que fuera servir a la Congregación y a sus hijas en lo que fuera necesario.

En los días aciagos de la república implantada en abril de 1931, ni un solo momento vaciló en la abnegación y entrega que le merecía el querido Instituto, ni salió de casa para afianzar su seguridad, no obstante las invitaciones que se le hicieron y los ruegos e instancias de su hermano, residente también en Madrid; incluso a su misma Madre General, Luisa Pujalte, le rogó que la dejara permanecer en la Casa.

La Madre Fe Arias, que por aquellos años era la encargada de la Capilla y de la Sacristía, decía de Madre Aldea que pasaba horas enteras en oración y en otros ejercicios piadosos dentro de la capilla, y la calificaba como: "Un alma de Dios".

Voluntariamente y sin darle importancia, se fue constituyendo en los años anteriores a 1936 en la enfermera, prácticamente más asidua, de la anciana Madre Dolores, casi ciega y muy delicada de salud.

La acompañaba en su cuarto el tiempo de que disponía, le confeccionaba los sencillos trabajos de punto que iba terminando; le dirigía sus Horas Santas y otros actos de piedad que su devoción le exigía, y en todo era un descanso para la Hermana enfermera que se veía muchas veces solicitada por otras atenciones.

Gracias a esta fraterna convivencia de ambas, sabemos la generosidad con que las dos perdonaron a los que fueran sus verdugos y cómo se dispusieron a la muerte que preveían tan segura.

Medio en broma, pero como si estuvieran de acuerdo, en aquellos meses anteriores a la Cruzada de Liberación Española, la expresión: "Preparémonos para el martirio, Madre Aldea" era como el saludo o la despedida que le dirían uno u otro de los sacerdotes o religiosos que llegaran a la Comunidad en función de su ministerio sagrado.

La contestación de Madre Aldea solía ser: "Tengo mucho miedo, pero si el Señor me lo tiene destinado, ya me dará fuerzas para sufrirlo". Y otras veces: "No me lo diga,

aunque sé que, si me llega ese momento, el Señor me dará la fortaleza que necesite. Sólo pido a Dios que, si han de venir (los que me maten), vengan de día".

A pesar de sus temores a la violencia y de una como intuición de que iba a ser su víctima, se ofreció a seguir prestando sus cuidados a la anciana Madre Dolores, y añadía: "Yo sé que me matarán con ella, pero estén tranquilas, que no la dejen".

Así fue llegando el 18 de julio de 1936, en cuyo día, y como único recurso para librar a España de la tiranía comunista, se puso en pie un "movimiento nacional" al que opuso el enemigo la más fuerte resistencia; y España quedó dividida en dos zonas de signo contrario. Desde esos momentos, más que antes, miles de víctimas, buscadas entre los más amigos de Dios, fueron el blanco preferido de las iras comunistas. Entre ellas se encuentran estas dos Siervas de Dios, Madres Dolores y Francisca del Corazón de Jesús.

MADRE DOLORES Y MADRE FRANCISCA, UNIDAS EN EL SACRIFICIO

10. LAS ULTIMAS HORAS Y SUCESOS SUBSIGUIENTES

En todo lo accidental y exterior fueron iguales y comunes los hechos para ambas Siervas de Dios.

Madre Francisca Aldea, fraternalmente delicada en su caridad, acompañó a Madre Dolores hasta aceptar la muerte con ella, como lo había prometido.

Sobre las doce de la mañana del 20 de julio de 1936, grupos de hombres armados, apostados en las calles colindantes al colegio, a una señal convenida, lanzaron sus tiros sobre él. Las balas penetraron por ventanas y puertas o rebotaban sobre las paredes de todo el perímetro colegial.

Dentro del edificio había en aquella hora 40 religiosas y unas 80 niñas de cinco a diecisiete años, acogidas casi todas a la Junta Provincial de Protección de Menores; las más, por ser huérfanas, y todas por pertenecer a familias económicamente necesitadas.

Por tales razones, nadie pensaba que el colegio sería atacado de aquella manera, pues parecía un contrasentido que la revolución, en manos del pueblo, no respetara lo más inocente e indefenso de su propia sangre y de la categoría social más inferior.

En aquella hora no fue así; porque cuando la pasión ciega, no quedan caminos a la Luz para llegar a la razón y dar sentido a los hechos.

Las dos Madres, Dolores y Francisca, y con ellas otras Hermanas, estaban en la Capilla orando y reparando los pecados de sus hermanos los hombres. Cuando unas y otras terminaron su oración en silencio, rezaron en común el Rosario de los misterios dolorosos y seguido, el ejercicio del Viacrucis. Al terminar, dijo Madre Dolores: "Hagamos también la recomendación del alma, porque después no nos darán tiempo". Y la hicieron. Concluida, dijo Madre Francisca: "¿Y ahora qué más?". "Pues, ahora que perdonamos a

todos los que nos maten, nos injurien o hagan mal". Fue la contestación de la anciana Madre Dolores, esforzando su voz en reafirmación de sus palabras.

En los últimos momentos de estas oraciones, los tiros de los asaltantes habían penetrado ya en el interior de la iglesia y rebotaban contra el mismo presbiterio, por lo que algunas Hermanas se sentían nerviosas y llenas de temor; pero Madre Francisca, sobreponiéndose a sí misma, las contuvo diciéndoles: "Terminemos y sea lo que Dios quiera". Y sólo cuando terminaron, se dirigieron hacia la portería, que les quedaba muy cerca.

Volvamos unos pasos atrás.

Al iniciarse el tiroteo contra el colegio, unas vecinas de frente al mismo, pidieron a gritos a los tiradores que cesaran en su atentado, porque en el colegio, además de las monjas, había muchas niñas, y con angustia, les instaban a llamar a la puerta. Con estas razones cesaron de tirar los de la entrada y dieron la señal para que hicieran lo mismo los otros. Entonces, con gritos y golpeando las puertas con la culata de sus fusiles y otras estridencias y alborotos del peor gusto, exigían que se les abriera.

La Superiora, Madre Amalia Bravo, se determinó a abrir por sí misma. Los saltantes se quedaron como sorprendidos ante las Hermanas y niñas. No esperaban un cuadro tan unido. Unas y otras se habían ido agolpando en las inmediaciones de la portería, nerviosas, pero serenas las Hermanas y muy asustadas las niñas.

A la vista de aquellos hombres armados y alocados, que penetraron por la casa, bandera comunista en mano, batiéndola sobre el rostro de unas y otras, y corriendo luego a colocarla en lo más alto del edificio, las niñas rompieron en llanto, y asidas a las Hermanas, en busca de protección las pequeñas y en gesto defensivo las mayores, no lograron separarlas de las religiosas por más que lo intentaron.

Medio en desbandada, pues, y como pudieron, pero siempre cogidas entre sí, se lanzaron unas y otras hacia la calle.

Una de las vecinas -doña Guadalupe Arroyo- abrió las puertas de su casa y acogió en ella a cuantas pudieron entrar. A la vez, llamó en su defensa a un policía de alto cargo, familiar suyo. Este señor mandó luego unos coches de Guardias de Asalto, que, en diálogo con los invasores, los amansaron un poco y dejaron de tirotear desde los altos del colegio a las infelices acogidas en casa de doña Guadalupe. Luego, con sus mismos coches dispersaron por la ciudad a las Hermanas y niñas allí retenidas, según a donde cada cual quiso ir. Nada más hicieron los representantes del orden.

Las dos Madres Dolores y Francisca, a quienes dejamos en la portería al irrumpir en la casa los milicianos, permanecieron allí unos momentos más, los necesarios para que Madre Dolores recitara a media voz la confesión de nuestra Santa Fe: el CREDO. Con ella lo recitó también Madre Francisca.

Entre tanto, un miliciano hablaba acaloradamente con la Madre Superiora y otros dos se habían quedado contemplando a la anciana religiosa, cuya sola figura inspiraba respeto y veneración. Ellos oyeron su confesión de fe y sin interrumpirla en nada la dejaron hasta terminar. Madre Francisca la tomó entonces del brazo, levantándola del banco donde descansaba, porque su mucha flaqueza no le daba lugar a mantenerse en pie, y cruzaron ambas el umbral de la puerta hacia la calle.

Madre Dolores, que seguía con su rosario entre las manos, empezó a musitar el llamado de Las Santas Llagas, y así siguió adelante.

Algo serenos los dos milicianos dichos, la Madre Superiora se atrevió a rogarles que no les impidieran su camino, porque la anciana estaba muy enferma.

Ellos, casi a su lado, las siguieron hasta la inmediata calle de Alcalá y vieron su entrada en la casa número 198. Aquí subieron hasta el sexto piso, donde las acogió bondadosamente doña María Turnay y su hija Julita, amigas de la Comunidad. Con esta familia pensaban estar sólo el tiempo preciso para que la situación de aquellos momentos se fuera aquietando, y sin tanto peligro trasladarse luego a otro lugar previsto de antemano para un caso de emergencia como aquél.

Nada les hizo falta, porque “los planes del Señor no son nuestros planes”, dice la Escritura Santa.

Como para indicar a Madre F. Aldea la vivienda de doña María Turnay se les habían unido en el camino las Hermanas Lorenza Alonso y Victorina Uriarte con tres niñas que seguían cogidas al brazo de la segunda. Al despedirlas les dijo Madre Aldea: “Tengan confianza en la Providencia de Dios, y echémonos en sus manos. Hoy puede ser el último día de nuestra vida; pero el Señor ya nos ha concedido la gracia de encomendarnos a Él como para morir”.

Apenas transcurridos unos momentos, empezaron los milicianos a subir al piso de la señora Turnay y a hostigarla por la presencia de las religiosas en su casa. Ante tal situación, una vecina, amiga suya -doña Amparo Corcuera-, las pasó a su domicilio y las hizo acostar con vistas a despistar a los milicianos, si por acaso volvieran.

Como dos horas más tarde, y ya en su lecho de enferma la Madre Dolores y descansando de tantas impresiones la Madre Francisca Aldea, se presentaron en el piso cinco hombres armados y dos mujerzuelas del radio comunista de Ventas en busca de las religiosas. Las hicieron levantarse, descender hasta la calle, y en un coche de unas ocho plazas las llevaron rápido hacia la Plaza de Toros. Dieron una vuelta en torno a la misma y acaso por la mucha gente que circulaba por este lugar no se determinaron a consumir allí el sacrificio de su vida, y tomaron la carretera de Aragón hacia el inmediato pueblo de Canillejas.

Al llegar a esta población, suburbana de Madrid, un control instalado allí detuvo el coche, y tras unas breves palabras de los milicianos del control con los del coche, mandaron bajar a las dos religiosas y las encaminaron unos metros adelante por la carretera de Barajas, y en el lugar que cortó luego la autopista del aeropuerto les dieron muerte con varios disparos de fusil en la cabeza y otras partes del cuerpo. Los de la cabeza tenían su salida por la sien y la frente. En total, nueve disparos para cortar unas vidas débiles y frágiles de ochenta y tres y cincuenta y cuatro años, respectivamente.

Eran como las cuatro de la tarde del 20 de julio, año 1936.

Entre los espectadores se oyó decir: “Y las tontas todavía rezaban a la Virgen”.

La hora de pleno día y el lugar del crimen tan próximo a la población, hizo que fuera requerido el juzgado de la localidad para que los cadáveres se retiraran de allí.

El lugar de procedencia de las dos religiosas se extendió pronto por aquellos contornos; además, el Colegio de Santa Susana era conocido de muchas de sus gentes.

El Juzgado, pues, se personó bastante pronto y mandó llevar los cadáveres al depósito del cementerio del pueblo: un local pequeño, cerrado y tostado por el sol de julio.

El 22 por la tarde aún estaban los cadáveres en él. Sólo los milicianos de ideología comunista no los olvidaban. Y por si la muerte aplicada por su fe y su condición de

religiosas no les bastara, autoritariamente exigieron a los médicos forenses de la localidad que les practicaran una autopsia difamante e injuriosa del peor gusto. A efectos de la misma copiamos la declaración de uno de los forenses:

"No tuvimos más remedio que hacer lo que los milicianos pedían porque peligraban nuestras vidas". Comenzamos, pues, y cuando íbamos abriendo las cavidades, especialmente las abdominales, se esparció por todo el depósito un perfume intensísimo que aún tengo clavado en mi pituitaria, distinto a todos los olores que conozco. Era tan grato y tan agradable que yo dije para mí: "Si esto es el olor de la gloria, merece la pena dejar este sucio mundo para irse al cielo y disfrutar de este perfume".

Hecho tan sorprendente fue notorio, aunque en menor grado, desde la entrada de los médicos en el depósito, del Juzgado, que también estaba presente, y de los mismos milicianos, quienes, tras unas palabras irrespetuosas e ineducadas, se fueron retirando, de modo que al final de la operación no había ninguno.

El señor juez mandó al secretario recoger el crucifijo del hábito que las dos Madres llevaban puesto, aunque vestían de seglar, los anillos de su profesión perpetua y varios documentos que Madre Francisca Aldea tenía consigo. Hizo traer dos ataúdes y, colocados los cadáveres en cada uno de ellos, les dieron respetuosa sepultura.

En el acta testimonial de estos hechos los dos médicos dejaron constancia del estado virginal de los dos yacentes.

Años más tarde refería uno de estos doctores: "He recorrido muchas perfumerías por si podía volver a gustar algo que se pareciera a la esencia de aquella autopsia y nunca lo he podido lograr".

El 20 de julio de 1940, la Congregación de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús trasladaba a lugar más digno los restos mortales de estas dos hijas suyas, que se hallaron con sus tegumentos integrados, el color normal y flexibles sus miembros.

El 22 de octubre de 1954 se iniciaba en Madrid el Proceso Informativo para su Beatificación y Canonización por vía de martirio. Una labor lenta y paciente precedió y acompañó los trabajos de este Proceso.

El 28 de febrero de 1958 tuvo su entrada en la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Muchos fieles atribuyen a su intercesión las gracias y favores con que el Señor ha bendecido sus oraciones.

Las Madres Mártires Rita Dolores Pujalte Sánchez y Francisca Aldea Araujo fueron beatificadas el 10 de mayo de 1998 en la Plaza de San Pedro, en el Vaticano, por el Papa Juan Pablo II.

HERMANAS TRINIDAD Y ELENA DEL CORAZON DE JESUS CUESTA ARRIBAS Y PRUDENCIA DEL CORAZON DE JESUS MONTES DIAZ

11. HERMANAS TRINIDAD Y ELENA DEL C. DE J. CUESTA ARRIBAS

En un pueblecito alegre y montaraz de la provincia de Burgos tuvieron ambas su cuna. Se llamaba Mazueco de Lara; pero fue Revilla del Campo, cercano al anterior, quien las vio crecer y llegar a una adolescencia gozosa y feliz, mientras la vocación a la vida religiosa inundaba su alma joven y daban de lado al mundo con todas sus vanidades.

La mayor, Trinidad, había nacido el 30 de junio de 1894 y Elena el 28 del mismo mes en 1897.

Sus padres, don Maximino Cuesta y doña Josefa Arribas, eran cristianos de mucha piedad, honrados y trabajadores. Alternaban las faenas del campo con las actividades de un comercio de tejidos que tenían en la misma localidad.

Con el ejercicio de ambas ocupaciones criaron muy airosamente a sus nueve hijos, dignos herederos de las virtudes y religiosidad de sus progenitores.

Unas misiones populares que dirigieron los Padres Redentoristas en la parroquia de Revilla del Campo determinaron a Trinidad y a Elena a realizar su vocación sin más demoras. Al efecto, el 5 de abril de 1916 ingresaban en el postulante del Instituto de "Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús", en Madrid. Poco después las siguió Isabel, otra de las hermanas, que falleció santamente el 30 de octubre de 1930.

El 17 de enero de 1917, iniciaban Trinidad y Elena su noviciado en el antiguo monasterio de Nuestra Señora de Valverde, inmediato a Madrid, donde lo tenía la Congregación por aquellos años.

Otro enero -el de 1919-, profesaron en el mismo lugar llenas de fervorosa satisfacción.

Una generosa entrega y una preparación inmediata las fue llevando al campo de la docencia, propio del Instituto. La mayor, Trinidad, poseía una habilidad especial para las labores de aguja y bordaba primorosamente. Las dos trabajaron con plena dedicación en la educación y enseñanza con resultados excelentes: la primera en los grados de alumnas mayores, y con los de primeros grados Sor Elena. Por unos años estuvo ésta destinada en el colegio de Nuestra Señora del Rosario, en Navahermosa (Toledo), y fue la primera cultivadora de la vocación sacerdotal de don Isabelo Esteban-Manzanares, martirizado en la misma ciudad el 30 de septiembre de 1936, tres meses y medio después de celebrar su primera misa.

Sor Trinidad también pasó algún tiempo en el de Nuestra Señora de los Remedios de Valencia de Alcántara (Cáceres).

Religiosas de mucha virtud y educadoras con gran amor y constancia, sabían mucho de abnegación y sacrificio por el bien de sus alumnas y pequeños; nada del arte de la política y menos aún de malquerencias y animosidades contra los enemigos del bien, de los que, ciertamente, se sentían muy molestas las escuelas católicas en aquellos años, puesto que, apenas implantado el régimen de la República, empezaron a pesar sobre ellas leyes absorbentes, incautadoras e ingratas, aplicables a cualquier hora.

En el curso escolar de 1935 a 1936, Sor Trinidad formaba parte de la Comunidad del Colegio de Santa Susana de Madrid, y Sor Elena estaba en la del Colegio de Nuestra Señora del Carmen de Villaverde Alto, entonces zona suburbana de la capital.

Asaltado este colegio el 11 de mayo de 1936 por las turbas y gentes de aquel barrio, y en peligro de que el hecho volviera a repetirse, algunas Hermanas habían pasado a otras casas que se creían más seguras, una vez terminado el curso escolar. Sor Elena pasó al de Santa Susana, y en él se encontraba el 20 de julio al ser asaltado por las milicias comunistas del radio de Ventas y expulsadas las religiosas y alumnas.

En esta circunstancia las dos Hermanas solicitaron la hospitalidad de una familia amiga que vivía en la calle de Torrijos, 82. El 29 del mismo mes fue a buscarlas Sor Paula Ortega para llevarlas a otro lugar, dado que la situación parecía alargarse y el hogar de don Santos Molinero Tabuenca era de muy escasa economía y de reducida amplitud.

Con todo, doña Luisa, esposa del señor Molinero, les insistió que volvieran si en el nuevo domicilio no les fuera bien.

Las tres Hermanas tomaron un tranvía de la línea de Goya, y apenas echó a andar, unos milicianos, en postura de autoridad, les pidió la documentación y las declaró detenidas. Al llegar frente al palacio de los Marqueses de Villapadierna, en el número 10 de la misma calle de Goya, las hicieron bajar y que pasaran al comité instalado en dicho palacio, incautado ya por las milicias rojas. Se siguió un registro minucioso y un interrogatorio largo y molesto.

Una miliciana, con mucho desenfado, arrancó a Sor Trinidad el crucifijo que llevaba al cuello. La Hermana se lo arrebató de las manos con mucha presteza, lo besó y le dijo con mucho aplomo, mientras volvía a ponérselo: “Por mucho que se empeñen, no me lo he de quitar”.

Como resultado les hicieron subir a un coche y Madrid adelante llegaron al Paseo de las Acacias, camino del Río Manzanares, donde ya era sabido que mataban a muchos.

En el recorrido las tres detenidas iban haciendo su preparación para la muerte que veían segura. Sólo de vez en cuando decía Sor Elena a su hermana: “Siento mucho que maten a la Hermana Ortega por causa nuestra”.

En el Paseo de las Acacias salió de un comité un señor con aire de jefe, y pistola en mano hizo parar el coche. Enterado de quienes eran aquellas mujeres, urgió severamente a los milicianos que las llevaran a la Dirección General de Seguridad, y si no lo hacían que pagarían con su vida tal desobediencia. Y a Seguridad las llevaron.

Aquí les hicieron bajar a los sótanos prontamente. En ellos se encontraron con un gran número de sacerdotes, religiosos, militares, señoras, jóvenes empleadas de correos, de teléfonos, de los distintos ministerios y de todas las clases sociales, que

tenían como único delito sus ideales cristianos y su desafecto al marxismo comunista y a todo lo que no fuera orden, fraternidad y paz.

En aquella promiscuidad estuvieron cuarenta y ocho horas, y después de unas breves declaraciones las mandaron a la calle.

Las dos hermanas Trinidad y Elena no se determinaron a seguir con la Hermana Paula Ortega y se volvieron al domicilio de la familia Molinero.

El 8 de octubre siguiente -1936- fue detenido este señor en un despacho de carbón que tenía cerca de su casa. Le acompañaba en aquellos momentos un hijo suyo de catorce años, quien reconoció entre los raptores de su padre a un vecino suyo de cuando vivía en el barrio de Ventas, y cómo él había sido alumno de Sor Elena hasta la edad de unos nueve años.

La familia de don Santos se lanzó en su busca de inmediato, pero ni apareció ni nunca más supieron de él.

Siete días más tarde, el 15 de octubre, a la una de la tarde, y en un momento en que estaban solas las dos religiosas en la humilde vivienda, llegaron a ella dos milicianos con atuendo de policías. Uno pasó al interior del domicilio y el otro quedó fuera, como guardando la puerta. A tal punto llegó doña Luisa, esposa del señor Molinero, y el de la puerta la detuvo con un "silencio, si no disparo", mientras le ponía la pistola en el pecho y la arrinconaba hacia la pared.

Enseguida salió el que estaba dentro con el arma en gesto de puntería, llevando delante a las dos religiosas.

Ni una palabra pudieron cruzarse con doña Luisa. Al ir descendiendo por la escalera, el que sujetaba a la señora de Molinero, las siguió, diciéndole al retirar la pistola de su pecho: "Van a prestar una declaración aquí cerca y luego volverán con su marido". ¡Qué alevosía! Ni volvió don Santos ni volvieron las dos hermanas, ni jamás se supo nada seguro sobre su suerte final.

Días después se afirmó que las habían fusilado en las inmediaciones de la Plaza de Toros de las Ventas, lugar cercano al colegio de su residencia, pero tal afirmación no pudo darse como segura.

12. HERMANA PRUDENCIA DEL CORAZON DE JESUS MONTES DIAZ

El 15 de mayo de 1899 veía la luz primera en Alba de los Cardaños, provincia de Palencia. Sus padres se llamaron Estanislao Montes y Josefina Díaz. La posición económica de la familia era modesta, pero muy rica la nobleza de su corazón y las virtudes cristianas que adornaron su alma.

Tras una infancia y adolescencia de mucha piedad, otro 15 de mayo, el de 1917, hizo su ingreso en el postulanteado del Instituto de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, en Madrid. El 19 de mayo de 1920 emitía los votos de su profesión religiosa en el noviciado de Nuestra Señora de Valverde, cercano a la capital.

De ánimo más esforzado que robusta de salud, sus actividades giraron siempre en torno a la caridad: como enfermera unas veces, y en los quehaceres de la vida ordinaria, otras. Siempre y en todo fervorosa y muy rica en las virtudes de su profesión.

Al producirse el “alzamiento nacional” de 1936, estaba en el colegio de Nuestra Señora del Rosario, en Navahermosa, Toledo⁶.

El 19 de julio del citado año, sobre las siete de la tarde llegó a la pequeña Comunidad de esta Casa la orden de que fuera desalojada, y que, a las siete de la mañana siguiente, debían abandonar el pueblo todas las Hermanas sin excusa ni apelación de ninguna clase.

¡Desalojar la Casa! Palabra vana e inútil en aquella hora.

Por fortuna sólo estaban en la Comunidad por aquellos días cuatro religiosas. Sin tiempo de retirarse los portadores del triste mensaje, llegaron otros muy armados, y montaron guardia ante el colegio hasta por la mañana.

Aprovechando la confusión de los primeros momentos entre milicianos y gentes, el joven presbítero, don Isabelo Esteban-Manzanares, citado en páginas anteriores, puso a salvo el Santísimo Sacramento. Lo demás todo pereció.

La salida de las religiosas había de ser camino de Toledo en el coche de línea de las ocho de la mañana. La orden provenía del Alcalde de la Villa, y era irrevocable.

El grado de maldad que anidaba en el corazón de aquellos infelices no era igual en todos. Así, hubo quien susurró al oído de las Hermanas que no salieran para Toledo, porque en un determinado lugar de la carretera las esperaban algunos sujetos militantes de la F.A.I. (anarquistas), que las harían bajar del coche con las peores intenciones. Que de ningún modo viajaran hacia la capital indicada.

¿Qué hacer? El aviso les llegó estando ya en la carretera. El coche llegó, pero ellas no suben; rotundamente se niegan. Hubo forcejeo de palabras, pero no subieron. Ni recorrerían por ningún otro medio aquellos 50 Km. de camino. Y con las manos vacías, como estaban, se quedaron en medio de la calle. Hubo ofrecimientos de acogida en sus casas y muchas lágrimas en los ojos de aquellas buenas gentes, pero un pregón anunciando que la hospitalidad ofrecida se pagaba con la muerte, hizo que no aceptaran ninguna. Tampoco podían quedarse en Navahermosa. Una guardia, fusil en mano, fue la encargada de que se cumpliera la orden del caballeroso Alcalde: “Las cuatro monjas tenían que abandonar la villa”. Y en pie, junto a ellas, les urgía la salida aquella guardia.

Ellas, -veintiocho años la más joven y treinta y siete la mayor-, confían algo en sus fuerzas y mucho en la Providencia de Dios. Con tal apoyo tomaron el camino de la sierra. Pensaron que en varias jornadas podrían llegar a Guadalupe, y cerca de allí estaba la familia y casa paterna de una de ellas: Sor Arsenia López. Las otras tres eran de Palencia, Orense y Burgos. Imposible tomar ninguna de estas direcciones. Era zona de los Nacionales y en medio quedaba el frente de combate.

El primer pueblo de la serranía oretana desde Navahermosa es Hontanar. Cuando las Hermanas llegaron allí los de Navahermosa habían adelantado la orden de que no las dejaran pasar. Retrocedieron en busca de otro camino, y de nuevo les cortaron el paso otros del mismo pueblo.

⁶ Navahermosa es una villa distante de Toledo 50 km. Situada al pie de las estribaciones de los montes Oretanos, posee buena agricultura y está formada por unos 7.000 habitantes. En los años de la guerra civil, de 1936 a 1939, las iras comunistas hicieron sufrir mucho a sus gentes, en general honradas y trabajadoras. El colegio lleva en la localidad quince años, y por sus aulas había pasado lo más granado y lo más pobre de la localidad. Las Hermanas habían sido siempre muy queridas y estimadas por el pueblo, pero las fuerzas del mal, en desenfreno aquella hora, tuvieron para con ellas el incomprensible comportamiento aquí descrito.

¿Qué hacer? Dos días y dos noches entre las breñas de la serranía sin ver por dónde rebasarían el pueblecito de Hontanar ocultamente. Al fin, vuelven a caer en las manos de tres milicianos navahermoseños que las llevan a Hontanar, sí, pero a la cárcel.

En cuanto se fueron, el Alcalde de aquel serrano lugar las sacó de la prisión y las mandó a dormir y a descansar a la casa de una familia amiga, cuyo padre, ya anciano, encontraron detenido en la misma cárcel de circunstancia, donde las habían llevado a ellas.

De nuevo en ruta

A las cinco de la mañana, con provisiones para dos o tres días, salieron de nuevo, confiadas en que por una carretera de poco tránsito podrían llegar a la provincia de Cáceres. Doña Marina Romero, señora de la casa en que habían pernoctado, les dio unas letras de recomendación para una familia conocida suya, con el ruego de que les permitiera pasar la siguiente noche en su caseta de carretera.

Pronto volvieron a darse cuenta de que los de Navahermosa u otros en inteligencia con ellos, las seguían por acá y por allá, sin que día alguno se vieran libres de sus molestos encuentros. Por lo que al quinto día de su caminar, aconsejadas también por las buenas gentes que se iban encontrando, pensaron tirar monte adentro, sin rumbo determinado, a ver si entre tanto se veían libres de tanto susto y los de Navahermosa desaparecían.

En estas andanzas dieron con una cabaña de pastores en la que vivía una honrada y cristiana familia que apacentaba sus ganados por aquellas lomas y parajes. Con el matrimonio estaban dos hijos de corta edad.

Les dieron amable acogida y un lugar para pasar la noche. Les instaron a permanecer allí hasta ver en qué paraba la situación turbulenta de aquellos días⁷. El pastor, señor Jacinto Gálvez, o señora, se desplazaban de vez en cuando a lugares vecinos para conocer la situación. Otros perseguidos, fugitivos también, les contaban lo que sabían; y en estas zozobras las cuatro Hermanas permanecieron allí hasta el 28 de agosto. La comida era pobre y frugal, naturalmente, pero se sentían muy agradecidas por tan bondadosa hospitalidad.

Por el día se retiraban a lugares apartados de la cabaña pastoril para no comprometer a sus bienhechores, daban clase a los niños, les enseñaban las oraciones del cristiano, les cosían la ropa, y en penitencia y oración iban pasando los días secos y calurosos del mes de agosto. El 28 del mismo mes todo acabó.

A Navahermosa de nuevo

Treinta milicianos armados llegaron por aquellos lugares alborotando la sierra con gritos, tiros y algazara. Al verlos acercarse a la cabaña, el niño menor de los pastores corrió a refugiarse hacia donde estaban las Hermanas; lo siguieron y las descubrieron de inmediato. El objetivo de semejante batida eran ellas. Las declararon detenidas, claro está. La algazara de aquella soldadesca no es para ser descrita. Entre risas, mofas y

⁷ Pasar a Guadalupe era ya imposible. Toda la provincia de Cáceres había quedado en zona de los nacionales, y Guadalupe, por consiguiente. Un frente de combate les cortaba el paso.

palabras del peor gusto, las obligaron a ponerse en fila para fusilarlas. Apuntan, deponen las armas, discuten si matarlas allí o bajarlas a Navahermosa, y así, gozándose de prolongarles aquella agonía, se impuso uno con aires de jefe, y dijo que “al pueblo”, porque los servicios de aquellas mujeres hacían falta allí. Y con ellas, el señor Gálvez por el delito de haberles dado acogida.

Atropelladamente descendieron con su presa a la carretera, y en el camión en que habían ido, con ruidoso alboroto, se dirigieron a Hontanar, los pasearon en triunfo por las calles del pueblo, y siguieron después para hacer lo mismo en Navahermosa. Aquí metieron en la cárcel al señor Gilvez, y a las cuatro Hermanas las llevaron al Ayuntamiento. Tras un molesto y largo interrogatorio, les quitaron el poco dinerillo que les quedaba -500 pesetas en total-, y “presas al cuartel, y allí que trabajen”, fue la sentencia.

Mil veces hubieran preferido morir, pero la confianza en el Señor les iba dando fuerza hora a hora.

En este lugar de tormento sólo una frase de consuelo las fue manteniendo en pie: el que hacía de jefe dio a todos esta orden terminante: "A las dependencias de esas mujeres, que ninguno se acerque, ni de lejos".

Tales dependencias eran unas habitaciones sucias, con las paredes y el suelo salpicados de sangre y de vestigios resultantes de los tormentos aplicados a los infelices detenidos que les habían precedido en ellas.

En lugares contiguos, encerrado y preso, tenían lo más honroso y cristiano de Navahermosa en espera cada uno de la última sentencia.

Lo que aquí sufrieron las Hermanas toda pluma se resiste a describirlo. Fue un martirio de veintitrés días interminables.

Por gracia de Dios, el 20 de septiembre salieron para Madrid dos de estas Hermanas: Prudencia Montes y Arsenia López, y a las otras dos –Nieves Ferreiro y Honorata García- las pasaron al -hospital, instalado en las escuelas nacionales por exigencias de la guerra, y en él estuvieron hasta el final de la contienda. No les faltaron días de peligros y zozobras, pero fuera de eso lo pasaron mejor. Médicos y enfermos estimaron mucho su presencia y sus servicios todo aquel tiempo.

A las dos de Madrid se aprestó a llevarlas a la capital uno de los mandamás de Navahermosa, sobre quien recaía la presión para que liberaran a las religiosas de la situación en que las tenían. Y en Madrid las dejó formalmente.

Sor Prudencia en Madrid

Esta religiosa tenía en Madrid dos hermanas casadas –Eufemia y Benita- que vivían en la calle de Méndez Álvaro, Eufemia, y en el barrio de Ciudad Lineal, Benita. Ambas familias estaban fichadas por su vida cristiana y sus ideales a tono con ella. Un sobrino suyo, pasionista, había sido fusilado recientemente en Daimiel (Ciudad Real), y el marido de Benita tenía preso en la cárcel de la calle de Marqués de Mondéjar, en Madrid, un hermano, también de la Congregación de los Padres Pasionistas.

Temerosas ambas hermanas por la suerte de Prudencia, se gozaron de su presencia en Madrid y cada una quería que estuviera en su casa. Sor Prudencia optó por la de Eufemia, al menos por unos días.

Sobre el 20 de octubre Benita rogó a su hermana que fuera a pasar un tiempo con ella y los suyos, y convinieron en que lo haría el 27 siguiente. Así podría visitar en la prisión de Marqués de Mondéjar al hermano de su cuñado, padre Zenón Merino, por ser día de visita a los presos y caerle de camino el lugar de la cárcel.

A la entrada de la prisión se juntaría con su sobrina. Florentina, que iría a llevar a su tío ropa y comida. Terminada la visita, las dos seguirían para Ciudad Lineal. Benita quedó complacida con este acuerdo. La hora para unirse Florentina y Prudencia a la entrada de la cárcel fue sobre las diez de la mañana de aquel 27 de octubre. La primera estuvo puntual a la cita. Sor prudencia nunca llegó. Había salido de la casa de Eufemia a la hora normal para el encuentro de ambas allí, pero tardaba. Florentina sufría y esperaba, porque por allí había revuelos, gentes alborotadas en torno a la cárcel: sentía miedo, pero no se apartaba del lugar convenido con su tía para la visita al Padre Zenón. Unas mujerzuelas con palos en la mano se le acercaron preguntándole qué hacía allí. Milicianos de mal ceño merodeaban también amenazantes con las personas que iban llegando a visitar a los detenidos. Todo era desorden; al fin, las mujerzuelas le quitaron el paquete y la instaron a que se alejara de allí rápidamente. Asustada y llorosa, la jovencita volvió para casa y refirió lo sucedido. De Sor Prudencia nunca más se supo cosa cierta.

Sucedió que aquel día hubo un intento de asalto a la cárcel; algunas mermas entre los detenidos más importantes; mucho susto y temor entre los presos que no vieron restablecida la normalidad en el centro penitenciario hasta después de las cinco de la tarde, según afirmó luego el mismo Padre Zenón, a quien ellas querían ver.

Sin duda alguna, Sor Prudencia estuvo entre los detenidos y maltratados de aquel día, porque a la caída de la tarde, cuando regresaban a su casa sus hermanos Eufemia y Ángel, su esposo, cansados de buscarla, casi a la par llegó al portal de su domicilio un grupo de milicianos alocados preguntando, con voces altisonantes, por Ángel Merino y la monja que tenía escondida en su casa. La monja, les dijo él, es hermana de mi mujer, por tanto, es uno más de la familia y hoy no está en casa. Eufemia, muy emocionada y entre lágrimas, les increpó diciendo: "Ustedes, ustedes son los que saben dónde está la monja y no nosotros". No dieron oídos a estas palabras, y tras un diálogo, en el que algunos clientes de un bar inmediato, que a las voces desentonadas de los milicianos se habían ido acercando, intervinieron a favor de don Ángel, contra el que iban los milicianos con sus dimes y diretes; aquéllos fueron bajando el tono de voz y subiéndose a la furgoneta en que habían llegado, y se retiraron, dejando en todos la impresión de que a Sor Prudencia la tenían en su poder o le habían dado muerte ya. Más tarde, otras voces lo aseguraron también. ¿Sería verdad?

Como conclusión, diremos que el Señor premió a esta Hermana sus anhelos de martirio con la muerte que ella presentía y el martirio por ella deseado.

Cuando en el fatídico cuartel de Navahermosa terminaba los trabajos fatigosos que le asignaban a ella, como a las otras tres Hermanas, sacaba el rosario y rezaba serenamente hasta que se le acababa el tiempo de que podía disponer. Si le advertían que evitara ser vista con él en la mano para no exasperar a aquellos emisarios del mal, contestaba con aplomo: "Si esto no nos excusa la muerte, ¿para qué disimular?". Y seguía rezando con santa libertad cuando podía.

Otro dato: poco antes del alzamiento nacional, escribía a su hermana Amalia en un libro de piedad que le dedicaba: "Pide por las que estamos en los conventos, que todo

se nos está poniendo muy malo. Y cuando vengan a echarnos, yo saldré la "última para ser mártir".

Y lo fue en la mayor humildad: la del anonimato, para que la gloria y el honor redunden en homenaje de amor a solo Dios, "porque Él nos amó primero" (1 Jn 4,19).

FUENTES:

- **Documentos de archivo.**
- **Familiares de las biografiadas.**
- **Religiosas contemporáneas de las mismas.**
- **Proceso informativo de las dos primeras.**
- **Otros emanados del conocimiento directo de la autora.**

ÍNDICE

Introducción

MADRE RITA DOLORES DEL C. DE J. PUJALTE SÁNCHEZ

Sus fechas cronológicas

1. Elegida por el Señor ...
2. Al frente del Instituto...
3. En su espiritualidad ...
4. En la vida diaria ...
5. En la observancia regular...
6. En el apostolado de la Congregación ...
7. Sus últimos años ...

MADRE FRANCISCA DEL C. DE J. ALDEA ARAUJO

Sus fechas cronológicas

8. Eligió pronto su camino...
9. En otros momentos de su vida religiosa ...

MADRE DOLORES Y MADRE FRANCISCA, UNIDAS EN EL SACRIFICIO

10. Las últimas horas y sucesos subsiguientes ...

HERMANAS TRINIDAD Y ELENA DEL C. DE J. CUESTA ARRIBAS Y

PRUDENCIA DEL C. DE J. MONTES DÍAZ

11. Hermanas Trinidad y Elena del C. de J. Cuesta Arribas...
12. Hermana Prudencia del C. de J. Montes Díaz ...

**ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR,
EN LOS TALLERES DE INDUSTRIAS GRAFICAS ESPAÑA, S. L.,
MADRID, EL DIA 20 DE JULIO DE 1986, CINCUENTENARIO
DE LA GENEROSA ENTREGA DE SUS VIDAS EN
TESTIMONIO DE SU CONSAGRACIÓN A DIOS**